

# DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

## REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. CAYETANO SOLER, P<sup>BRO.</sup>

EL DÍA 29 DE JUNIO DE 1913



BARCELONA

SOBRINOS DE LÓPEZ ROBERT Y C.<sup>a</sup>, IMPRESORES

Calle Conde del Asalto, 63

1913

# DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

## REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. CAYETANO SOLER, P<sup>BRO.</sup>

EL DÍA 29 DE JUNIO DE 1913



BARCELONA

SOBRINOS DE LÓPEZ ROBERT Y C.<sup>a</sup>, IMPRESORES

Calle Conde del Asalto, 63

1913

# INVESTIGACIÓN DEL DATO PSICOLÓGICO

EN LOS ESTUDIOS DE HISTORIA

Señores Académicos:

Llamado por solo favor de vuestra benevolencia a compartir con vosotros las levantadas tareas de esta Corporación por tantos títulos ilustre, hubiérame sido grato corresponder inmediatamente al honor que me dispensábais; mas, trabajos y apremios literarios ineludibles, a los que se han juntado los naturales impedimentos que a la más firme voluntad opone una salud quebrantada, han sido insuperable obstáculo a la realización del deseo. Por fin, hoy, gracias a Dios, me es dado acudir a vuestro llamamiento, y manifestaros mi gratitud por el inmerecido honor que me otorgáis, señalándome entre vosotros un sitio que podía haber sido galardón de mayores merecimientos, como lo fué sin duda para el varón respetable por sus talentos y virtudes, que lo ocupó un día, el M. I. Sr. Dr. D. Buena-ventura Ribas y Quintana, honra de nuestra Catedral Basilica, que le contó entre sus canónigos; áulico de uno de nuestros más apóstólicos Prelados; substituto de Llorens, el consumado psicólogo, en la Cátedra de Metafísica; profesor, además, de Derecho Canónico en nuestro Seminario; y, por fin, Archivero de la misma Catedral, donde se mostró erudito investigador y continuador laborioso de la benemérita obra de Caresmar, no sólo en la ordenación de aquel riquísimo tesoro paleográfico, sino también con la publicación de la *Monografía del Bisbe Sapera* y de los *Estudios Históricos y Bibliográficos sobre San Ramón de Penyafort*, cuyas primicias dedicó a esta Corporación el mismo día de recibirse en ella.

Y ciertamente que la memoria de mi ilustre predecesor en esta

silla ha sido parte a determinar mi elección de asunto para el presente discurso, pues, sus aficiones históricas se corresponden con mis aficiones literarias más antiguas; y su discurso de entrada en esta insigne Academia ha venido a recordarme que esta Corporación tiene por primordial objetivo escribir la historia de nuestra amada tierra catalana. De Historia, pues, vengo a hablaros, aunque no de hechos o personajes concretos, antes bien, de generalidades doctrinales que más atañen al tratadista que al historiador; pero que entiendo no son, de menos utilidad en el momento presente, que los estudios particulares con que se pueda enriquecer una cualquiera de las ramas del frondoso árbol de nuestra gloriosa Historia patria.

Espaciando la vista por el inmenso campo que abarcan hoy las Ciencias propiamente históricas, habréis podido observar una tendencia relativamente moderna que propende a investigar, como causa última que es de los hechos históricos (en cuanto penden del hombre), el elemento psicológico. Ya no satisface el mero conocimiento de las causas políticas que se propusieron como objeto de sus especulaciones filosóficas los historiadores clásicos del Renacimiento, que en Italia y España siguieron las ilustres lecciones de Polibio; ya nadie, mucho menos, opina como Voltaire, que “sólo a los filósofos incumbe el oficio de escribir la Historia”. Hace ya tiempo que se experimenta la necesidad, y cada día con mayor estímulo, de estudiar y tomar por objetivo principal de aquélla, al hombre, y desentrañar la causa indisputablemente eficiente y en su orden, última, de los sucesos que se desarrollan a través de las edades y de los pueblos; es decir, la causa determinante o, si se quiere, motriz, de las acciones del hombre, sujeto formal de la Historia, hasta ahora el más olvidado en tal sentido. Por fin ha venido a reconocerse “que generalmente se ha descuidado mucho lo que constituye la grande enseñanza de la Historia, su interés más atrayente y a veces el más doloroso, pero el más luminoso también: el estudio *a fondo de los caracteres y de las almas*”. Palabras de Dupauloup, que quedan esclarecidas por uno de aquellos pocos rayos de luz que fulguran a veces inesperadamente entre el caos de incertidumbre y contradicciones, que constituyen el fondo del desdichado talento de Renan, a saber: “la Historia no es un juego de abstracciones; *los hombres pesan más que las doctrinas*”; y así, el ideal puramente literario de Tucídides y los historiadores clásicos, de que nos habla con apasionada hipérbole Menéndez, de “querer trasladar al papel a los personajes vivos y en acción, y aun mostrarnos lo más recóndito de sus pensamientos y el laboratorio de los misterios psicológicos”, va convirtiéndose en ideal científico de los historiadores modernos. Sintióse primero una aspiración vaga, que hizo señalara Bacon, cual objeto propio de la Historia, *a los individuos*; y que Mably propu-

siera se estudiase el *corazón del hombre*, como ya Melo había querido penetrar los *ánimos*; más tarde Guizot entiende que “los grandes acontecimientos y los grandes hombres son los puntos fijos y las cumbres de la Historia”; *doctrina idéntica* a la que arrastra a Carlyle a considerar, con manifiesto error, pura consecuencia de su teoría de los Héroes, que “la Historia no debe ser más que una colección de biografías”. Macaulay, por su parte, quiere que “el historiador no se contente con describir a los hombres, sino que los dé a conocer *en su vida interior*”; los Thierry y Montalembert y Sainte Beuve, y Buckle y el gran Mommsen, así lo practican en sus ejemplares relatos históricos, cada uno según sus dotes y doctrina; por fin, la aspiración toma vuelo, y por un momento que, como todos los de la Historia, se cuenta por lustros, créese realizado el ideal con la teoría de Taine. Sin embargo, desvanecida la impresión de profundo estupor y deslumbramiento que produjo aquella teoría o sistema, vuelve hoy a sentirse el antiguo anhelo, no satisfecho cumplidamente, y de diversos campos, de psicólogos, de tratadistas, de historiadores, como G. Villa, Lacombe, Bernheim, Xenopol, Monod, etcétera, llegan nuevas voces pidiendo determinadamente la introducción del dato psicológico en los estudios de Historia.

Mas, concordes en el ideal, y hasta concordes en la denominación del término adoptado para designar el nuevo elemento, es, empero, muy digno de notarse que *tratadistas e historiadores* se hallan divididos en dos grupos perfectamente diferenciados por la diversa acepción que dan al mismo término *psicológico*. Hay quienes entienden por él las *ideas directivas* de la voluntad, sean individuales, sean colectivas. “Para nosotros (ha dicho Henri Reich) el término *psicológico* no designa otra cosa que la comprensión de los *motivos últimos* que impulsan a los hombres y mujeres a someterse a una institución o a determinar un suceso”; como a propósito de nuestra Historia en el período de los Austrias, dijo Menéndez Pelayo en su primera edición de los *Heterodoxos*, aunque tal vez más tarde reformara su opinión, que “nadie ha hecho aún la verdadera historia de España en los siglos XVI y XVII... Lo más íntimo y profundo de aquel período se les escapa. Necesario es mirar la historia de otro modo, tomar por *punto de partida las ideas*, lo que dá unidad a la época, la resistencia contra la herejía”. De cuantos así sienten, hay que decir que, aun cuando aportan un precioso dato de carácter psicológico, cual es innegablemente el de las ideas directivas (que bien podrían llamarse con terminología de Fouillée, *ideas-fuerzas*), sin embargo, no pueden ser considerados como verdaderos psicólogos, ni puede inscribirseles con mayor motivo bajo las nuevas banderas, que bajo las de los clásicos famosos.

Otro es el grupo, representante legítimo de la nueva tendencia

formulada científicamente por Guido Villa (1) y apoyada con el peso de la autoridad de Gabriel Monod; este grupo entiende que las ideas, junto con la misma inteligencia que las elabora, no son más que uno de los varios elementos que constituyen la personalidad humana, por lo que exige el estudio de los demás elementos que la integran; estudio que se reconoce difícil y que hasta algunos han llegado a declarar imposible, pero que, como dice Monod, "*aun cuando difícil, es el solo interesante...* El carácter de los hombres, individual o colectivo, es ciertamente difícilísimo de precisar, pero en él está uno de los *factores esenciales* de la historia".

Como se puede colegir de tales palabras, el objetivo está precisado, los críticos más sagaces lo distinguen con claridad; pero, es el caso que seguramente por la misma dificultad mentada, nadie ha entrado todavía por el nuevo camino; más aún, nadie ha señalado, que sepamos, los elementos que deben integrar el dato histórico que llamamos psicológico, y mucho menos se ha atrevido nadie a esbozar siquiera el método de investigación que para alcanzarlo debe seguirse.

Para mí tengo que los principales motivos de semejante irresolución deben buscarse, antes que todo, en el apartamiento en que por lo común viven de la ciencia Psicológica los que a estudios de historia se dedican; y, luego, en la inseguridad que afecta a los datos de la Antropología y de la Psicología experimental; así como en la arbitrariedad, muchas veces repugnante por sectaria, de las conclusiones, por de pronto fundamentalmente prematuras, formuladas por la que tan pomposa como gratuitamente se apellida *Psicología de los Pueblos*.

Acudir, pues, aun cuando sea sólo subsidiariamente, a semejante necesidad de precisión y método, es lo que sin jactancia alguna, antes reconociendo el primero lo menguado de mis fuerzas, me propongo en el presente discurso, cuya materia une en feliz consorcio mis dos inclinaciones más pronunciadas en la esfera intelectual, esto es, la Historia y la Psicología aplicada; y por otra parte, no dudo ha de interesaros por la novedad del conato, y, más aún, por su importancia trascendente, que apreciaréis mejor que yo, como consumados maestros e ilustres cultivadores de las Ciencias históricas. Será, pues, objeto, por unos momentos, de vuestra atención benévola, la

---

(1) "Y como (la historia) considera manifestaciones diversas de la inteligencia y voluntad del hombre, cuyas causas se reducen a causas psicológicas, la explicación última ha de ser necesariamente psicológica". (*La Psicología Contemporánea*, c. IV, 254).

INVESTIGACIÓN DEL DATO PSICOLÓGICO EN LOS ESTUDIOS DE HISTORIA

A enunciar y precisar el objetivo de la nueva tendencia, nada he dicho en ponderación de la necesidad que existe de que la investigación del elemento psicológico de la Historia se haga con método científico que garantice la legitimidad de los resultados, porque muy bien conocéis los puntos oscuros que en todo tiempo ha ofrecido la pintura de los personajes, a causa de los rasgos contradictorios que nos presentan como igualmente auténticos, aún los más grandes biógrafos que consigna la literatura histórica desde Suetonio, el verdadero introductor del género, y uno de sus más conspicuos cultivadores, hasta los más recientes autores de *Retratos y Semblanzas*. Sin embargo, no quiero pasar por alto la observación de que aun cuando todo ese cúmulo de biografías que como río fecundante atraviesa los campos de la Historia, fuesen positivas y definitivas adquisiciones, aun entonces subsista la misma necesidad de dirigir semejante investigación por nuevos derroteros; porque no podrá satisfacer jamás las exigencias justísimas de un historiador verdaderamente científico, el antiguo sistema de presentar los personajes tal cual los vió el escritor a través de los documentos, como hizo el mentado Suetonio, o bien a través del lente de su experiencia personal, como son la mayor parte de las *Semblanzas* trazadas por Pérez de Guzmán, y los retratos de Hernando del Pulgar, Jorge de la Vernade, etc., o los celebrados de los Embajadores venecianos del xvi. Hácese indispensable que tal trabajo no sea exclusivamente subjetivo; que no sea exclusivo producto de una inteligencia más o menos sagaz y escrutadora; que lo fantaseado por la pasión, no pueda confundirse con el resultado matemático de datos ciertos e indiscutibles; en una palabra, es indispensable que el historiador proceda con método seguro y objetivo, y que aduzca las pruebas de sus conclusiones respecto de los hombres, como lo hace respecto de los sucesos.

No tendríamos entonces que bajar perplejos la cabeza cuando se nos describe un Julio César psicológicamente indescifrable; o un Tito que alcanza el título de *delicia del género humano*, no sabemos si gracias a sus cualidades naturales, a su astuta habilidad o a su fortuna, que de tal suerte, por efecto de sus palabras, deja suspenso el ánimo del lector, el celebradísimo autor de *Los Doce Césares*; y más suspenso todavía, cuando luego le pinta radicalmente cambiado "en duro y violento, haciendo matar sin compasión a cuantos se le antojan sospechosos", todo ello sin haber mediado circunstancia alguna que ejerza presión sobre su espíritu o modificara su temperamento, pues el solo hecho de haber sido asociado al Tro-

no por su padre, no explica ni siquiera da verosimilitud al cambio. Ni tendremos entonces que aceptar como tipos perfectamente históricos los figurones de melodrama que nos dan como retratos auténticos, autores víctimas de sus preocupaciones de raza o de su sectarismo, y en las cuales figuras, como sucede con las de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, los datos más documentalmente probados, chocan con los juicios ferozmente desfavorables de sus malévolos historiadores. Ni, por último, será ya posible darse nadie por satisfecho con el sistema estigmatizado por la irónica pluma de Macaulay, de "trazar a fuerza de antitesis retratos de claros varones, poniendo de relieve las virtudes y vicios que por modo contradictorio se combinaron en sus personas, haciendo uso de aquel singular artificio que consiste en decir que fueron *tal cosa sin ser tal otra*", pues, tamaña empresa, aparte de ser *llana, fácil y asequible*, como dice el mismo escritor, nada explica ni deja entrever de aquel *laboratorio de los misterios psicológicos*, de que nos habla Menéndez.

El fundamento indispensable sobre que debe estribar el retrato individual o colectivo de los personajes, son los elementos que constituyen el carácter psicológico de los mismos, los que, como se comprenderá, no son otros que los que constituyen el carácter de todo individuo humano, bien que con las diferencias accidentales que distinguen siempre lo concreto de lo abstracto. De ahí la necesidad de acudir a los conocimientos psicológicos para proceder con método científico y afirmarse en principios que no dependan de la libre apreciación subjetiva del historiador.

Taine, en su doble cualidad de historiador y filósofo, fué el primero que vió con claridad el método que debía seguirse y el fundamento racional que debía dársele. Formado criterio, abordó el problema, y la famosa *Introducción a la Historia de la Literatura Inglesa*, en 1866, fué su declaración de principios.

De todos es conocida su teoría: una facultad maestra, principal, dominante, como quiera llamársela, la cual crea al artista, al orador, al político, etc.; luego, tres grandes fuerzas que obran sobre esta facultad: la *raza*, el *medio*, el *momento*.

No consiste el mérito de Taine en haber descubierto ninguno de esos elementos, sino en haberlos organizado en sistema. La *facultad maestra* la reconocieron antes que él los españoles que como Huarte y Pujasol en el xvi, Saavedra Fajardo en el xvii, y Mayans en el xviii, se habían ocupado de *Temperamentos*, aplicándolos a la explicación de los talentos y modo de ser de pueblos e individuos. En el estudio de la *raza*, como elemento determinante en Historia, le habían precedido A. Thierry con su *Historia de la Conquista de Inglaterra por los Normandos*, Waiz con otros antropólogos, y los

naturalistas que comulgaban en las doctrinas evolucionistas de Darwin y Spencer. En la influencia del *medio físico* tuvo por predecesores a Bodin, que ya en el siglo XVI lo puso a contribución en su *Método histórico*, de donde lo tomó tal vez Montesquieu; y a todos los que se inspiraron en la corriente tradicional que arranca de Hipócrates, y reaparece en el Renacimiento; o en la corriente materialista, que de Inglaterra pasó al Continente, donde fué recibida con aplauso por los Enciclopedistas y llevada por Volney a su más científica expresión. Por fin, el *medio moral* habíase considerado siempre desde la más remota antigüedad como causa modeladora de los caracteres, a veces única. Con todo, y dejando aparte lo que tiene de positivista y determinista, la teoría de Taine debemos reconocer fué un verdadero progreso que sintetizó cuanto habían vislumbrado parcialmente Winkelman, Ritter, Guizot, Michelet, Thierry, Montegut, Macaulay, Carlyle, Buckle y Stendhal, que son los autores de más nombradía y que mayor influencia pudieron ejercer sobre la educación intelectual del audaz y convencido sistematizador.

La brillantez del literato y el talento innegable del filósofo; lo extenso de sus conocimientos en toda ciencia, lo selecto de su erudición y también el tono magistral con que proclamaba con solemne aparato que la historia de la humanidad "no es otra cosa que un problema de mecánica psicológica", deslumbraron a los hombres de su generación y a cuantos los tuvieron por maestros. "Durante cuarenta años (ha podido decir Boutmy) todas las ideas dominantes han llevado el mismo sello de origen"; durante cuarenta años se ha pretendido, añadiremos, explicarlo todo por aquellos tres elementos, y, en su consecuencia, la Historia y la Crítica literaria han padecido verdadero quebranto.

Y no podía acaecer de otra suerte, desde el momento que la teoría de Taine es deficiente por más de un concepto y excesiva por otros. El determinismo que le hace atribuir a los tres elementos dichos, una acción mecánica tan fatal sobre los espíritus como en los cuerpos lo son las acciones físicas, es una teoría excesiva a todas luces y propia sólo de un talento de generalización exagerado. Precisamente Taine se mostró tal desde sus primeros trabajos, y ya en la Escuela Normal, donde se hizo notable por su rápida concepción, hubo de reprochársele su demasiada precipitación en generalizar. A nadie mejor que a él podría aplicarse la profunda observación de Brierre de Boismont: "la facultad de generalizar es una facultad brillante para quien la posee, y no hay ilusión más seductora que la de sentirse capaz, con solo el auxilio de algunos hechos, de crear y formular todo un sistema". Taine se dejó arrastrar muy tempranamente de semejante ilusión, y no la abandonó en

toda su vida; tanto más cuanto, tenaz por naturaleza, no revisaba jamás lo que creía haber profundizado bastante una sola vez. Así lo certifica él mismo cuando relata que el problema religioso lo resolvió a los veinte años, y, ya no creyó deber revisar nunca más la solución.

Pero ¿en qué serie de hechos científicamente probados podía fundar su sistema? Hoy es, y todavía resulta imposible como veremos más adelante, saber en qué relación de influencia están los hombres con el medio físico y moral en que aparecen; cincuenta años han pasado, y la ciencia no tiene aún datos suficientes que le permitan siquiera plantear adecuadamente el problema de semejante influencia, ¿cómo pudo, pues, tenerlos Taine en aquel entonces, no siendo como no fué antropólogo ni naturalista profesional, en favor de quién cabría presumir un caudal desconocido, de experiencia propia?

Giraud, en su *Essai sur Taine*, ha puesto de relieve lo excesivo del sistema, y el P. Longhaye ha completado la crítica de Giraud, demostrando que una vez más resulta verdad el antiguo principio dialéctico, “lo que prueba demasiado, no prueba nada”. Según Taine, en su obra *La Fontaine et ses Fables*, el célebre fabulista francés hubo de ser forzosamente de la guisa que fué, a saber: sencilló en la forma, ladino en el fondo y sin elevación de espíritu, a causa de ser el país de su naturaleza, “sin grandeza ni poesía; su clima sin excesos ni contrastes; sus productos, pobres, y su vino, ligero”; pero ¿cómo entonces (pregunta el P. Longhaye) el mismo país al ejercer su influencia sobre otra facultad poética, ha producido un genio diametralmente opuesto al de La Fontaine? ¿Cómo una misma raza, un mismo medio y en idéntico momento, obrando sobre igual facultad dominante, han determinado la aparición simultánea de dos poetas antitéticos, como son el ladino La Fontaine, falto de elevación, y el trágico Racine, que sólo respira en las alturas?

En cuanto a la deficiencia del sistema para explicar cómo pretendía su autor *los estados y las operaciones del hombre interior*, bastarán a demostrarla, no palabras de adversarios suyos, sino palabras de él mismo, cuya trascendencia no midió al dejarlas estampadas en su *Introducción* famosa; hélas aquí: “Existe un sistema particular de impresiones interiores que crea al artista, al creyente, al músico, al pintor, al rómulo, al hombre de sociedad; para cada uno de éstos, la filiación, la intensidad, las relaciones entre ideas y sentimientos, son diferentes; cada uno tiene su historia moral y su estructura propia, con cierta disposición maestra y algún rasgo dominante. Para explicarlos se necesitaría escribir un capítulo de análisis íntimo, y apenas si esta labor está hoy esbozada”.

Por confesión propia, pues, en tal doctrina falta precisar el sis-

tema particular de impresiones y operaciones interiores (esto es, psicológicas), que constituyen a cada hombre en su modo definitivo de ser; de ahí demostrada la deficiencia del decantado sistema, y de ahí la natural consecuencia de su actual abandono.

Sin embargo, ése abandono no debe ser total. Todo lo que en su sistema había tomado Taine de la tradición científica de naturalistas e historiadores, debe conservarse, revisándolo y aquilatándolo cada día más, en los datos aportados por la Antropología y la Etnografía; lo que no supo precisar sino con el término vago de *facultad maestra*, y asimismo aquel *análisis íntimo* que declaraba apenas esbozado por Stendhal, deben precisarse acudiendo a la vieja Psicología escolástica, no menos que a la que hoy se llama Psico-física.

Veamos, pues, primero, lo que nos enseñan al presente las ciencias antropológicas acerca de la *raza*, el *medio físico* y el *moral*, elementos que ciertamente constituyen, como enseñaba Taine, el conjunto de fuerzas exteriores que obran sobre el individuo y le modifican; para pasar luego a la indicación de los elementos interiores que completan el sujeto psicológico, y que Taine llegó sólo a vislumbrar vagamente.

LA RAZA. ¡Cuánto se ha ponderado y con que exageración el influjo de este elemento en los pueblos! Fué la reacción contra la excesiva influencia reconocida por Taine al medio físico. De ahí la división de los historiadores antropólogos en dos escuelas: la *geográfica*, que acepta como más importante e influyente en la vida del hombre el *medio físico*; y la *etnográfica*, la cual asienta que la *raza* es más poderosa que aquel *medio*, y por ello le sobrepuja. ¿Qué valor debemos conceder a esta última teoría?

Ante todo, notemos sumariamente que la escuela racionalista etnográfica no entiende por razas humanas, como se entendió hasta aquí, ciertas variedades *accidentales*, fijadas y perpetuadas de una manera constante por la generación; sino grupos afectados de variedades *esenciales*, que los constituyen especies dentro del género humano. Así, pues, el término *raza* no tiene igual sentido en unos tratadistas que en otros; pero, aclarado el concepto, será fácil discurrir sobre la teoría. Por de pronto, es evidente que el yerro muy voluntario de tomar por constitutivo de raza humana lo que en Zoología se entiende por constitutivo de especie, ha llevado a los racionalistas a la necesidad de determinar la característica de semejante constitutivo que forzosamente debería de hallarse por modo diverso y exclusivo en cada raza. Ahí el escollo: las teorías más quiméricas se sostienen mientras no se someten al toque de la realidad; ésta ha demostrado la falsedad de la teoría de la poligenesia, y ha puesto de manifiesto, cada vez más, la verdad de la unidad de

origen del género humano, primero y fundamental argumento contra la diversidad de especies. Por otra parte, los antropólogos racionalistas, vagando en las tinieblas de sus errores, toman unos, por distintivo característico el color, otros el sistema capilar, otros el volumen cerebral, otros el lenguaje; el número de las razas, en sus manos crece, y así tenemos que si Blumenbach, el fundador de la Antropología, contaba cinco, en la actualidad se cuentan ya doce, según el sistema de Haeckel, seguido también por F. Müller y por Huxley; todo lo cual prueba que todavía no se han puesto de acuerdo en lo esencial, que es definir lo que entienden por raza.

El sistema de la medición del cráneo por medio del ángulo facial, inventado por Camper, logró resonancia y fué admitido en los estudios de Historia, creyéndose que por su medio podría conocerse la ascendencia de los diversos pueblos históricos; mas hoy, tanto aquel sistema, como el de Virchow modificándolo, como el del plano horizontal de Ihering, han sido igualmente abandonados, ya porque como dijo Topinard, *todos ellos son fundamentalmente defectuosos*, ya porque la experiencia ha demostrado que en todas las razas se dan prognatas y ortognatas; y tipos de todos los cráneos conocidos, así dolicocefalos, braquicefalos mesocefalos; que tal es la conclusión a que queda reducido el prolijo estudio de Olóriz: *Distribución geográfica del índice cefálico en España*, por lo que a nosotros atañe.

La Antropología, pues, no alcanza a más que a señalar variedades puramente *accidentales* en la especie humana, las cuales, por su misma índole, pueden ser modificadas por influencias opuestas a las que las crearon, o sencillamente por haber cesado éstas.

En cuanto al origen de tales variedades, está fuera de duda, pues lo admite aún la escuela etnográfica, con Helwald a la cabeza, no ser otro que las influencias climatológicas, lo cual se confirma con el fenómeno constante que ofrecen los pueblos que habitan un mismo medio geográfico, simultánea o sucesivamente, a saber, que con el tiempo y en generaciones sucesivas, pierden gradualmente sus propias características y toman la de los pueblos que habitaron antes que ellos aquel mismo medio. Ejemplo evidente de ello ofrecen los pueblos que ocupan las regiones que en la antigüedad clásica ocuparon los Germanos y los Galos, pues, sean o no sus descendientes directos por la sangre, presentan hoy, a pesar de la enorme diferencia de civilización que los separa, rasgos de temperamento idénticos a los consignados por César y por Tácito.

Sentados estos precedentes y contrayéndonos a nuestra Historia, ¿qué criterio debe adoptarse respecto a la filiación ibérica, céltica y germánica que nos atribuyen ciertos historiadores y psicólogos?

Hablando sin ambages, hemos de responder, que un criterio completamente escéptico, tanto más cuanto nadie ha podido señalar los

caracteres étnicos de tales razas, viéndonos así privados del medio indispensable para comprobar la autenticidad de nuestra filiación. ¿Cómo demostrar, pues, la identidad de rasgos característicos entre unos pueblos y otros, si desconocemos en absoluto los primitivos?

Si alguna duda pudiera ofrecer mi aseveración acerca de la ignorancia de tales datos, quedaría por completo desvanecida por la autoridad de Menéndez Pelayo, quien en los *Prolegómenos* de su comenzada y tristemente suspendida segunda edición de los *Heterodoxos*, dando alto ejemplo de probidad literaria, rectifica cuanto acerca de los primitivos pobladores de España profesó en sus juveniles años, y declara que, a pesar del respeto que pueden inspirar los nombres de Teófilo Braga, Oliveira Martins, Tubino y Joaquín Costa, debemos hoy prescindir de la hipótesis turánica, de la bereber o libiotuareg y copta; como debe confesarse que “la lengua de las inscripciones ibéricas continúa siendo un enigma; y el éuskaró un instrumento de comparación muy poco preciso y ocasionado a graves errores, y aún a verdaderos delirios”; de suerte que debe concluirse con P. Paris, resumiendo así toda la erudición contemporánea, que “de la historia de los iberos antes de la conquista cartaginesa y romana, sólo podemos afirmar tres hechos: la colonización fenicia, la colonización griega y la inmigración céltica; y que estos mismos acontecimientos, si se los mira sólo a la luz de los textos históricos, aparecen confusos, sin precisión de lugar ni tiempo”.

A tan graves autoridades, puede agregarse otro argumento, y es que, al fin, Iberos Celtas y Godos, proceden de un común tronco, que es el frondoso árbol de las familias Indo-europeas; si lo que los distinguió a unos de otros después de su separación, fueron como es notorio, las influencias físicas de los diferentes países que habitaron; una vez juntados y aún fundidos dentro de un territorio común, esto es, substraídos a la diversidad de las causas diferenciadoras, la ley de herencia, o mejor a mi entender la influencia geográfica, impondrá otra vez un común tipo.

Podría dejar terminado aquí lo concerniente a la *Raza*, mas acabo de nombrar la *ley de herencia*, y como algunos antropólogos, aún de los que no pertenecen a la escuela etnográfica, y sobre todo, ciertos fisiólogos, le conceden tanta importancia en la constitución del carácter psicológico, creo conveniente advertir que no prestará grandes servicios al historiador, pues, aun cuando alguna vez le permitirá precisar el origen de ciertas manifestaciones físicas o morales de algunos personajes, como lo ha hecho Wiedemeister con el carácter morboso y hereditario de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón; y Brachet con la *Patología mental de los Reyes de Francia*, no le será posible, sin embargo, suministrarle ninguna regla para que pueda proceder con la seguridad con que se va del efecto a la causa

conocida, o se desciende de la causa conocida al efecto; pues no sólo hay que tener presente que, como ha dicho Guyau, "la ciencia moderna indica que todo carácter moral, malo o bueno, *tiende a persistir sobre poco más o menos, hasta la quinta generación, para desaparecer luego, si es anormal*", pues "la miseria fisiológica lleva a la esterilidad"; sino, además, que por la ley de *atavismo*, un atributo físico o moral, al pasar de los antepasados a los descendientes, puede dejar de manifestarse en cierto número de individuos intermedios. Más aún: que los propios estigmas físicos heredados, no producen unos mismos efectos en quienes los ostentan, ya que afirma el Dr. Bouchot, que un prognata lo mismo puede ser un idiota que un Lorenzo de Médicis, un Carlos V o un Luis XIV (1).

Por estas causas entiendo que no hay razón para llamar *leyes* a los variables procesos que dan lugar a la reaparición de ciertos estigmas de los antepasados en los descendientes; y que, en consecuencia, en la investigación del dato psicológico en Historia, no puede aplicarse el principio de la *herencia* sino de una manera subsidiaria, para explicar el origen fisiológico de un fenómeno que sin tal explicación aparecería como espontáneo.

Véase por todo lo dicho a que cuestión de tan poco momento viene a quedar reducido el decantado elemento psicológico de Taine, comprendido en el título *Raza*. Pasemos a examinar ahora el valor de

EL MEDIO FÍSICO.—Por lo apuntado al hablar de la relación que existe entre las razas y los países por ellas habitados, puede haberse entrevistado ya alguno de los fundamentos en que se apoya la demostración de la innegable influencia que el medio físico ejerce sobre el hombre.

En principio debe admitirse (y para el católico fué siempre verdad inconcusa, derivada del dogma de la unidad de origen de la especie humana) que la tierra modela al hombre físico; que el medio geográfico tiene tal influencia sobre el mismo, que ha llegado a producir las razas humanas por el mismo proceso que las variedades y familias del reino vegetal y del animal.

---

(1) Las leyes de la herencia vienen a reducirse a las siguientes:

1.<sup>a</sup> Los padres tienen tendencia a legar a sus hijos todos sus caracteres psíquicos generales e individuales, antiguos o nuevamente adquiridos.

2.<sup>a</sup> Uno de los padres puede tener influencia preponderante.

3.<sup>a</sup> Ciertas disposiciones mentales determinadas y lo más comunmente morbosas se manifiestan en los descendientes a la misma edad que en los ascendientes se manifestó.

4.<sup>a</sup> *El salto atrás* o atavismo. Los descendientes a menudo se parecen más a sus abuelos que a sus padres, y más frecuentemente en línea directa, esto es, del abuelo al nieto y de la abuela a la nieta. (V. Ribot: *L'heredité psychologique*, 2.<sup>a</sup> partie, chap. II).

Galtón, extremando la ley, ha pretendido que se heredan también las buenas cualidades y hasta el genio.

En cambio, Le Dantec, declara que los casos de atavismo "no presentan el interés que en otro tiempo se les atribuyera". (*Las influencias de los antepasados*, cap. XVII. Madrid 1907).

Datos absolutamente comprobados por los más grandes antropólogos, son entre otros, que “en los climas tropicales el *temperamento se modifica, y, por ello mismo, el carácter*; la sangre se empobrece y los nervios se debilitan; en su consecuencia, la inteligencia se empepeza y la voluntad decae”. Así Fouillée. Por su parte, Gratiolet ha observado que las suturas del cráneo se sueldan mucho más tarde en las razas superiores (que es decir, en los climas templados que habitan) que en las razas inferiores; y que además en éstas se sueldan primero las suturas de la parte anterior que las de la opuesta, con lo cual se imposibilita su completo desarrollo”. Ello explica lo *accidental* y continuo de su inferioridad, ya que la detención del desarrollo cerebral produce en cualquier clima y en cualquier raza, inferioridad mental y moral, pues, según Letourneau, dentro de las razas superiores, la misma “detención de desarrollo cerebral sobre todo de los lóbulos frontales coincide con el idiotismo”.

Puede considerarse una corroboración de estos datos el trabajo que ha publicado Megs, demostrando que “las formas craneales están inseparablemente relacionadas con los elementos físicos del globo”.

Repetidas observaciones científicas han venido a demostrar la influencia del medio físico, en particularidad de la naturaleza del suelo, en la estatura final del hombre, que Brocá derivaba de la *Rasa*. Los terrenos calcáreos dan las más elevadas estaturas; los graníticos, los arcillosos y los arenosos, singularmente cuando son insalubres, acusan las más bajas. (Lombroso).

Por fin, respecto al temperamento moral, Dumas ha demostrado que los terrenos palúdicos causan efectos deprimentes en sus habitantes, y traen aparejada apatía física y moral, que se traducen en tristeza y resignación; en cambio, como cantó el Tasso:

la terra molle e lieta e diletta,  
simili a se l'abitator produce.

Si ahora dejamos lo genérico y bajamos a lo concreto, nuevos e irrecusables datos nos demostrarán la que hemos llamado victoriosa influencia del medio físico.

En efecto, es un hecho innegable que, a pesar de todas las mezclas de razas y pueblos, en las regiones que nos son históricamente conocidas, como sucede desde la conquista romana, con Grecia, Italia, Francia, Germania y España, se conserva inmutable el tipo etnográfico que describieron como característico de tales países sus primeros historiadores griegos y latinos. Así de Francia ha podido decir Ribot que “el francés del siglo XIX es en el fondo el galo de César. Se encuentran en los *Comentarios*, en Strabón y en Diodoro, todos los rasgos esenciales del carácter nacional: el amor a las armas, el gusto por lo brillante, la increíble ligereza de juicio, la vanidad incurable, la

finura, una gran facilidad de hablar y de dejarse seducir por las palabras. Se encuentran en César reflexiones que parecen datar de ayer". Y respecto de nuestra península ha deducido Olóriz, como corolario de sus estudios, que "los tipos étnicos actuales, existieron ya en los tiempos primitivos".

Si se observa al pueblo judío, uno de los más conocidos entre todos los de la antigüedad, se verá que ha perdido los rasgos de origen y ha tomado los del país en que vive, hasta en el color: rubio en los países del Norte, moreno en los meridionales europeos, y negro en Africa y en ciertas regiones asiáticas.

Mas el mayor escenario donde puede estudiarse la influencia en que nos ocupamos, es sin duda Estados Unidos; allí es donde aparece de relieve la fuerza irresistible desarrollada por los medios físicos para moldear al hombre, anulando toda influencia de la sangre. "El negro africano pierde en Norte América su prognatismo, su cráneo se vuelve más delgado y la color más clara; menos gruesos los labios, más recta la nariz, más lacio el cabello; mientras que a los ingleses se les alargan los huesos diafisarios (*Lombroso*)", sus dedos exigen guantes especiales, su cuello se prolonga, sus mejillas se hundén, se les empequeñece la cabeza y toma forma piramidal, y se les oscurece el cabello, reapareciendo los rasgos de los antiguos primitivos habitantes. De suerte que Elíseo Reclús ha podido afirmar que "Blanco o Negro, en los Estados Unidos, el hombre retorna al tipo de los Pielés Rojas".

Por último, como prueba espléndida de esa influencia, se ha podido aducir el ejemplo que ofrece la actual dinastía Real de Inglaterra, que de origen alemán (1688) y a pêsar de haberse enlazado siempre con familias alemanas, presenta, sin embargo, el tipo más acabado de la raza inglesa. (1)

Taine dedujo del estudio de semejante influencia, cual lo hiciera con la raza, un determinismo histórico inaceptable, aunque muy en armonía con el criterio positivista que le llevaba a hablar "de las ideas y de los sentimientos, como se habla de la funciones y de los órganos". Para rechazarlo baste citar las prudentes palabras de Cur-

---

(1) No es esto negar serle posible al hombre sustraerse en parte a las influencias del medio, como ha sucedido en algunos pueblos atacados del bocio, que han visto desaparecer tal estigma con todas sus consecuencias, con solo mejorar la alimentación; hasta puede reaccionar sobre el mismo medio y con la desecación de lagunas o formación de pantanos; con la repoblación o tala de bosques, variar las condiciones de clima, temperatura, producción, etc.; mas este hecho particular no destruye el principio, pues el tal hombre se hallará luego sometido a las nuevas condiciones del terreno.

Si lo que cambia es sólo la cultura del país, entonces se verán modificarse solamente aquellos rasgos que en el carácter definitivo imprime la intelectualidad; pero permanecerán intactos los propios del carácter innato en que tanta parte tiene el temperamento.

tius, precisamente, como es sabido, uno de los más sagaces y convencidos observadores de las relaciones entre la historia de un pueblo y el medio geográfico propio; hélas aquí: "no debe considerarse la historia de un pueblo, como la resultante *fatal* de las condiciones físicas en que éste se halla colocado... aunque sí pueden imprimirle una dirección especial muy marcada".

Y menos puede afirmarse semejante fatalismo, cuando todavía están sin explicación científica hechos contradictorios como el de que un mismo país en épocas diversas, conservando sus normales condiciones físicas y etnográficas, ha ofrecido a la Historia unas veces un pueblo física y moralmente grande, y luego, otras lo ha presentado física y moralmente ruín; lo cual ciertamente demuestra que existe algún otro factor todavía desconocido o no bien precisado hasta ahora, que entra en combinación con los demás elementos geográficos que conocemos, y, modificándolos o contrarrestándolos o desequilibrándolos por un tiempo, destruye, entorpece o bien acelera y hace más eficaz su acción sobre los hombres.

Este factor incógnito han creído descubrirlo algunos en las corrientes telúricas que la ciencia pone más de manifiesto cada día al investigar los fenómenos de la electricidad en las capas terrestres. En 1854 un belga, Remy Brück, estudió el origen y los efectos de la electricidad terrestre, y señaló la coincidencia del cambio sufrido por una región en sentido de una mayor actividad magnética, y la marcha de la civilización a través de Persia, Arabia, Palestina, Grecia, Italia y Francia. Arbanere, en sus *Estudios sobre la Historia universal*, contó asimismo las corrientes magnéticas entre los agentes principales de determinación de los caracteres nacionales de los pueblos.

Recientemente (1903) la teoría de Brück ha sido completada por otro belga, Ernesto Millard, quien, tomándola como fórmula de una gran ley de la Historia, supone que la de los pueblos se desarrolla *fatalmente* por períodos de 250 años aproximadamente, presentando alternadas fases de engrandecimiento y decadencia.

Otros, como Mongeolle, han pretendido explicar el misterioso e interesante fenómeno, por la ley que llama de las *longitudes*, porque según él, la civilización marcha de Oriente a Occidente; teoría que alguno completará, por ventura, con la ley de las *latitudes*, según la cual las naciones que representan la cuna de las diversas civilizaciones, se hallan todas comprendidas entre los 30 y los 40 grados de latitud Norte; zona que puede llamarse templada, y única en la cual, en sentir de Buckle, es posible la civilización.

La invención de semejantes *leyes fatalistas* no es más que una forma atávica de la concepción materialista de Turgot y Condorcet, a saber, que los fenómenos sociales están sometidos a leyes fijas... cual la producción de la melaza, como diría humorísticamente Lord Macaulay.

Sin embargo, no hay que desconocer que semejantes teorías plantean un problema histórico, que exige una solución perentoria. Porque, ciertamente, quien con detenimiento estudia el curso de los sucesos humanos, ha de observar *coincidencias* sorprendentes, de las cuales nadie puede dar al presente explicación cumplida. Así, por ejemplo, ¿quién no se maravilla al contemplar las eflorecencias que llamamos con razón *siglos de oro* de las letras y las artes, seguidas inmediatamente de indefectible decadencia, a veces convertida en esterilidad perpetua? ¿A qué debió Grecia el magno florecimiento del *Siglo de Pericles y Alejandro*, no repetido ni una sola vez más en su historia? ¿A qué, Roma (compendio entonces de Europa), el soberbio *Siglo de Augusto*? ¿España, el de los Austrias? ¿Francia, el de Luis XIV? Es de suponer que nadie recurrirá a la abandonada teoría de los *Mecenazgos*, porque contra ella se levantan otras eflorecencias de tanta o mayor magnificencia que las dichas, y que, por lo generales, no pueden atribuirse a la limitada acción de un potentado. Así el estupendo desarrollo de la inteligencia en el siglo XIII, que abarca todas las naciones civilizadas, comprendiendo entonces hasta los reinos mahometanos; lo propio que, después de un lapso caliginoso, la resurrección de todo saber durante el siglo XVI. Y para terminar con un ejemplo universal, ¿cómo no asombrarse al considerar el grandioso progreso, sin precedentes en la historia, efectuado en el siglo XIX, y cuyos primeros síntomas de relajación ya advertimos al presente? ¿Dónde encontrar los Mecenas de tantos prodigiosos genios en toda nación, hasta en aquellas que jamás los habían gozado?

La antigüedad pagana pretendió explicar parecidos fenómenos históricos, por leyes también fatales, como los aludidos autores modernos, esto es, por la doctrina de la renovación de todas las fases de un ciclo astronómico compuesto de las tres edades del *oro*, la *plata* y el *hierro*. Según ella, los astros ejercerían un influjo trascendental sobre los hombres y las cosas, y, por tanto, las cosas y los hombres deberían volver a presentar los mismos fenómenos, cuándo las mismas causas que eran su ley, volviesen a quedar constituidas en iguales circunstancias, es decir, cuando los astros, después de recorrer sus órbitas, volviesen a ocupar la misma posición que al comienzo de los tiempos.

Probablemente el mundo no volverá a esos crasos errores de la Astrología Judiciaria, aunque hayan sido cantados por poetas como Virgilio, y hayan logrado continuadores tan famosos como nuestro Alfonso el Sabio; pero, rechazando, como es natural, todo el fatalismo de aquel

*magnus ab integro sæclorum nascitur ordo,*

por ventura, resulte una como adivinación, perfectamente científica, como sucedería, si se demostrase, y me parece se va camino de ello,

que tales fenómenos son causados por influencia imponderable de la diversa intensidad de las erupciones solares.

La remisión de esa misma intensidad sería en tal supuesto la causa de las decadencias famosas de los pueblos, las cuales unos atribuyen a causas políticas, como Prevost-Paradol y Martín Hume; otros, a causas morales; sin advertir siquiera en su alucinación, que tales fenómenos son siempre generales, abarcando por consiguiente regiones de diferente grado de cultura y moralidad, de diverso régimen político y de diversas costumbres, sin darse cuenta tampoco de que a toda decadencia precede una notable disminución de energía y resistencia físicas, la cual repercutiendo en la actividad moral, determina la notable relajación de carácter, que acompaña a toda decadencia.

A risa mueven los historiadores *sectarios* como Buckle (y tomo el calificativo a Menéndez Pelayo) y sociólogos alucinados como Sergi, cuando levantan la voz culpando de la decadencia actual de la raza latina a la acción, siempre benéfica, de la Iglesia; pues el observador imparcial sorprende los mismos signos de decadencia en las otras razas europeas, entre otros, la disminución de la talla masculina y la creciente progresión de enfermedades que acusan innegable debilidad congénita; y no advierte diferencia alguna dentro de la raza anglosajona (la que más se presta a tal observación), entre los individuos o pueblos católicos y los que se glorian del nombre de Protestantes.

En resumen, creo debe quedar fuera de duda que toda decadencia implica y presupone una *degeneración física*, la cual va precedida por lo común, o acompañada en el primer período, de una natural exacerbación por debilidad fisiológica de las facultades imaginativas y sensitivas, que por ser las que dan origen a las letras y a las artes, produce una época de esplendor. Estúdiense sino las diferentes decadencias que consigna la Historia, y se encontrarán rasgos y estigmas físicos y psíquicos de degeneración que les son comunes. En las *Epidemias* de Hipócrates se leen, como hace notar Galippe, todas las señales características de nuestra época: vértigos, horror al espacio y a las alturas, oftalmia, neurastenia, malas conformaciones craneanas, etcétera. En los documentos del siglo XVII se hallarán testimonios fehacientes de extraordinario decaimiento físico, como por ejemplo, en Cataluña, hacerse difícil el reclutamiento de soldados por hallarse pocos mozos que pudiesen sostener el armamento; y de Inglaterra certifica lord Macaulay (1), un estado moral que acusa un aplana-

---

(1). Compárense las palabras de éste con las subsiguientes del P. Ravignan. Relata lord Macaulay que abundaban en aquella época (y por cierto no está atortunado en señalar la causa) los hombres "volubles, indolentes y apáticos para tratar asuntos serios"; y dice por su parte el célebre jesuita francés: "Me parece existe en nuestro siglo una doble enfermedad bien caracterizada: la manía de soñar y la flojedad de la voluntad; la apatía de la voluntad y la vaguedad de la inteligencia".

miento físico, parecido al que experimentamos en Europa desde el pasado siglo.

En cambio, toda época de pujanza intelectual y moral (lo contrario de imaginativa), como las de los siglos XIII y XVI, implica y presupone un apogeo de vigor y sanidad físicos en el individuo; por lo que entiendo debe buscarse la explicación de los fenómenos psicológicos indicados, en causas físicas generales capaces de determinar estados generales de empobrecimiento o enriquecimiento fisiológicos: tales podrían ser las influencias solares (1).

Como se comprenderá por esta simple exposición de la teoría, tal doctrina no se opone a la acción de la Providencia, cuyas leyes son la única posible filosofía de la Historia; antes parece mostrarnos los dóciles instrumentos materiales que tiene Dios en su mano para castigar o premiar a los pueblos. Ni implican tales medios, por el efecto mecánico que indefectiblemente han de producir sobre el hombre, ningún linaje de determinismo, pues debe reconocerse que el individuo puede siempre reaccionar sobre ellos como si por ventura no lo demostrara la Psicología antigua y moderna, lo demostraría la experiencia, y por ella la Historia, puesto que en todas las decadencias encontramos innumerables individuos esparcidos entre la colectividad, los cuales se muestran superiores a los mismos comunes estigmas que les aquejan. Así, en la espantosa decadencia hitorriada por Montesquieu y Gibbon, nos es dado contemplar la espléndida floración del Cristianismo, y solazar nuestros ojos, ávidos de virtudes y elevación de ánimo, en aquella época de servil rebajamiento, en los ejemplos de altísima perfección y excelsa grandeza, que nos dejaron los que la Iglesia llama sus Confesores y Mártires, sin que debilite la fuerza del argumento, la innegable maravillosa acción de la gracia en tales héroes, pues sabido es que para hacerse ésta eficaz, es indispensable la cooperación de la naturaleza.

De todo lo dicho, pues, séanos dado concluir que el historiador debe recoger y consignar con cuanta precisión científica le sea posible, todos los datos geográficos que se comprenden en el término *medio físico*, esto es, el clima, el terreno con su fauna y su flora, con sus producciones, con su sistema hidrográfico, etc., que al par puede utilizar para magníficas descripciones a la manera de Taine.

De dos escollos, sin embargo, debe precaverse al llenar esta tarea; primero: de exagerar el influjo de tales causas en el desarrollo de la Historia; y segundo: de establecer relaciones fijas de causalidad entre el *medio* y el hombre, pues la Ciencia al presente nada sabe ni tal

---

(1) En efecto, por ley fisiológica, una generación decadente no puede producir una descendencia más sana que ella; ¿cómo explicar, pues, la restauración general de las fuerzas humanas sino por algo exterior a las mismas?

vez sepa en adelante, acerca de ellas, probablemente, porque ejercen la mayor influencia sobre el hombre en el período de su concepción y embrionario desarrollo.

EL MEDIO MORAL.—G. Tarde ha llamado a esta influencia, *imitividad*, y, ciertamente, tal epíteto expresa apropiadamente la naturaleza de ese elemento que, empezando su acción sobre nosotros dentro de la familia, va extendiéndose en círculos concéntricos, a la escuela, y por fin hasta el *medio social* al que tanto valor conceden algunos hoy.

De mucho tiempo viene disputándose si son los *héroes* a lo Carlyle los que influyen en la sociedad que les rodea y la modifican; o si, por el contrario, la sociedad es quien obra sobre los hombres, aún sobre aquellos que son tenidos por providenciales y los plasma a su imagen y semejanza, modificando sus naturales ingénitas condiciones de carácter. La verdad, como acontece a menudo, se halla entre esos dos extremos. La cultura y temperamento moral de una sociedad, constituyen un *medio* al que forzosamente deberá adaptarse quien haya nacido en su seno. La cultura general será la base de su cultura particular; el criterio que *informe* las costumbres en aquella época, será su criterio por largo tiempo o para siempre; para el común de los hombres, tal cultura y tal criterio serán el único elemento educativo que entrará en la formación de su carácter y se compenetrará con él. No obstante, es innegable que el individuo puede reaccionar contra ese *medio*; y, en realidad, frecuentemente reacciona: contra lo bueno, el criminal, al par que contra lo malo, el hombre honrado. Lo propio sucede en las esferas elevadas. En todas épocas se dan caracteres individuales que precisamente se hacen notar en la Historia por el antagonismo que ofrecen con el carácter en su tiempo dominante. Así el hereje, dentro de la sociedad religiosa, y el revolucionario y el utopista dentro de la civil, sus ideas y actos, nuevos o contrarios al común sentir, no acostumbran por sí solos ejercer influencia eficazmente decisiva ni tan siquiera a veces visible, en su época; mas, como semillas que esperan su hora bajo la tierra en que fueron depositadas, ellas aguardan sazón favorable para germinar, pues las ideas llegan a ser fuerzas directivas de la voluntad, cuando constituyen ya *criterio sentido* de quien las profesa. Esta es la razón de que separe siempre un gran espacio de tiempo los cambios de costumbres políticas o sociales, de la aparición de las doctrinas que los informan.

En cuanto a la influencia que los grandes hombres ejercen sobre sus contemporáneos, sólo es efectiva cuando el *héroe* es representativo, esto es, si da forma o realidad al ideal latente de los hombres de su generación; si es su antagonista, su influencia no podrá llamarse infecunda en absoluto, pero sí invisible e ineficaz para la acción del momento. La Historia sale fiadora de la exactitud de este juicio, pues nos enseña que los héroes que arrastraron moral o materialmente

a un pueblo tras sus ideales o doctrinas, no han sido en el fondo innovadores; no han sido antagónicos con aquella sociedad; antes al contrario, han resultado siempre la personificación de sus anhelos, de sus ideales, de su criterio. Arrio no es más que el representante del Racionalismo de su tiempo; Pedro el Ermitaño levanta la Europa contra el Turco, porque dá orientación al espíritu religioso y guerrero de su siglo; Lutero incendia Alemania, porque es la encarnación del espíritu sajón, ávido de libertad de juicio, y anheloso de sacudir el yugo moral e intelectual latino; Cromwell sintetiza el descontento general por las Reales violaciones de las libertades políticas, y el fanatismo impulsor de su sociedad; los hombres de la Revolución francesa son los representantes legítimos del Enciclopedismo, como éste lo era del escepticismo nacional. Voltaire y Rousseau predicán a una generación convencida, y sus libros alcanzan éxito, por ser expresión elocuente del común sentir, que hallaba en ellos su justificativo. Voltaire y Rousseau, en España, hubiesen fracasado indudablemente; hubiesen sido escuchados como execrables blasfemos o despreciables dementes; en cambio, todos los Jovellanos y Ceballos, españoles, hubiesen visto perderse su voz en el desierto, en la Francia del siglo XVIII.

Parecidas reservas hay que hacer sobre la influencia de las instituciones políticas y sociales en la psicología nacional. Así hemos de tener presente que las instituciones políticas son de dos clases: unas, tradicionales, espontáneas, nacidas de las entrañas mismas de la nación; otras, accidentales, impuestas, exóticas. Las primeras, más bien que decirse que influyen en la psicología nacional, debe decirse son hijas de esa misma, y de ahí sus relaciones íntimas con ella; las segundas ejercen seguramente influencia, pero accidental, efímera; y de la propia suerte que ellas no presentan ningún rasgo fisionómico común con la nación que rigen, tampoco lo imprimen en ella. Las modificaciones accidentales, que operan sobre los pueblos a quien la tiranía de un déspota o de una oligarquía las ha impuesto, pueden compararse a las accidentales modificaciones que en el curso de la vida experimenta el individuo, conservando en el fondo siempre su nativo carácter.

Siguiendo el ejemplo de Buckle, varios escritores han querido explicar nuestra psicología nacional por nuestras instituciones tradicionales; erraron el camino. Son estas instituciones las que deben explicarse por nuestra psicología. Otros han ido a perderse, como Ganivet, en puras fantasmagorías que, cuanto brillan por ingeniosas, desmerecen por faltas de fundamento en la realidad. La psicología de un pueblo es como la individual, la resultante de cierto complejísimo conjunto de causas y concausas, pues, como dijo muy bien Montesquieu: "varias cosas gobiernan a los hombres: el clima, la Religión, las leyes, las máximas de gobierno, los ejemplos de las cosas pasadas,

las costumbres, las maneras; de todo lo cual se forma un espíritu general, que es su resultado”, y que Wesseberg, el primero, llamó *espíritu del siglo*.

Tales palabras no han perdido ni perderán jamás su oportunidad, y ellas indican y ponen de relieve ser imposible señalar *leyes fijas*, como lo pretende la flamante *Psicología de los Pueblos*, a los movimientos de la humanidad dirigidos a la prosecución de su ideal. La voluntad humana no es como pregona el Positivismo, una *fuerza física* sujeta a leyes mecánicas; es una facultad, por espiritual libre, que resurgirá siempre triunfante de las cadenas materiales a que se pretenda sujetarla.

Para el hombre científico, es ya insostenible hoy la tesis materialista; los más eminentes psicólogos experimentales, y a la cabeza de ellos Binet, reconocen que las funciones psíquicas son de naturaleza opuesta por diámetro a la materia (1). Para el católico la cuestión no existe; sabe por la perennal Filosofía ser el hombre un compuesto de alma espiritual y cuerpo material; y por la Fe, profesa esta misma doctrina que se completa con la del libre albedrío, negada contra toda experiencia por historiadores y sociólogos deterministas como Taine, Buckle, Draper y otros.

No existe, pues, en el sentido positivista, una Psicología de los Pueblos. En efecto, si tal ciencia existiera, se habrían determinado ya las leyes generales que los rigen y las formas distintas a que han dado lugar en cada nación; mas, el hecho es, y lo confiesa Malapert, que sobre ninguno de estos dos puntos se tienen conocimientos bastante precisos para que se pueda considerar la Psicología de los Pueblos como científicamente constituida, *ni siquiera tal vez como en posesión de una idea perfectamente clara de su objeto, de sus límites y de su método*”.

---

(1) Binet, cuyo nombre es reconocido como uno de los primeros entre los de psicólogos de laboratorio, en su obra *L'ame et le corps* ha abandonado sus preocupaciones materialistas y “el experimentalista se ha convertido en metafísico”, como dice el P. Arnáiz. Lo propio ha hecho Wundt, el fundador de los laboratorios de Psicología experimental, a quien ha seguido el *Instituto Psicológico* de Wurzburg y gran parte de experimentalistas alemanes, como puede verse en la obra de N. Kostyleff, *La Crise de la Psychologie expérimentale*. Charcot habla ya de la necesidad de conocimientos filosóficos; y lo más sintomático es la tendencia anotada ya por el P. Peillaubé en su *Revue de Philosophie* (Junio 1905, y predominante en los Congresos de Filosofía, que consiste en separar la *vida interior* de la fisiología e histología cerebrales, con las cuales se había confundido durante mucho tiempo, y en dirigir la atención hacia las cuestiones de carácter filosófico, apartándola visiblemente de los estudios experimentales que en los primeros Congresos la absorbían por completo.

Esta misma observación es aplicable al determinismo que informa a la Psicología de los Pueblos, pues carece de *leyes fijas* que comprueben y den base científica a la fantástica y sectaria teoría positivista del Progreso evolutivo é incesante; antes al contrario choca con los datos más ciertos de la historia de la civilización, singularmente con los de la Filología comparada, que nos demuestran que un lenguaje, cuanto más antiguo, es tanto más perfecto: todo al revés de lo que exige la teoría del Progreso fatal y constante.

Ni se crea está más adelantada la *Psicología Social* o *Sociología especulativa*, tan íntimamente ligada con aquélla. El P. Argaiz cita, si bien atenuando su crudeza, el concepto que los trabajos sobre el particular enviados al Quinto Congreso de Psicología (1905) merecieron al crítico Vaschide, y es por demás despectivo; dice así: "Charlatanería hueca e insubstancial de esos profesionales de la palabra sabia, que abordan todos los problemas, sin decir otra cosa que vagas generalidades".

Así, pues, resumiendo nuestras observaciones respecto a la influencia de la *raza*, de los *medios* físicos y morales y todos los demás que constituyen el *momento* de Taine, debemos decir que su estudio será siempre insuficiente para la determinación del dato psicológico individual o colectivo, pues como observa Guyau con imparcialidad y espíritu científico: "la influencia de los *medios* es incontestable, pero, en la mayoría de los casos, imposible de determinar".

Además, resulta evidente que todas las causas expuestas, por ser de carácter general, no pueden emplearse más que en la explicación de generalidades como son los rasgos característicos de un pueblo en una época determinada, nunca para explicar por ellas solas el carácter psicológico de un personaje. Los individuos, aun cuando presentan un tipo general, tienen caracteres morales muy diversos unos de otros, lo propio que sucede con los rasgos físicos que individualizan a cada hombre dentro del tipo común de su raza. Se hace, pues, necesario, si se quiere precisar la fisonomía moral de los personajes, acudir a otros datos que no pueden ser sino aquellos que acusan en concreto los

#### ELEMENTOS QUE CONSTITUYEN EL CARÁCTER PSICOLÓGICO

Cuales sean éstos es materia disputada en las modernas escuelas de Psicología experimental, en gran parte por la confusión que en ellas reina, ya que no poseen un tecnicismo preciso y fijo de uso constante y definido, como lo tienen las otras ciencias, sino que un autor las emplea en un sentido, otro en otro muy diferente, engendrándose así una lamentable confusión en las ideas.

No sucede lo mismo en el campo en que dominan los verdaderos psicólogos y los fisiólogos que les siguen. Allí es donde hay que buscar la luz que alumbre el camino que nos conduzca al conocimiento exacto de la realidad, que es siempre la verdad científica, la cual es imposible hallar negando verdad tan palmaria como la espiritualidad del alma. En la Escuela del llamado Neo-escolasticismo, es donde hallamos los principios fundamentales para la investigación del carácter y en ellos estribamos cual en terreno sólido. Para la Escuela es verdad inconcusa que en el hombre se dá una *inteligencia* servida por

una *voluntad libre*, al par que una *sensibilidad* servida a su vez por una facultad apetitiva orgánicamente ligada a ella. La *inteligencia* es susceptible de instrucción; la *voluntad* de educación, la *sensibilidad* de hábitos; con tales medios se modifica el modo de ser innato de cada facultad: el resultado de este natural modificado, es lo que se entiende por *carácter psicológico*, que al exteriorizarse constituye la marca propia del individuo, por cierta manera, *relativamente una y constante*, de sentir, de pensar y de querer, como ha dicho muy bien Fouillée.

Estas mismas facultades, en su relación con el cuerpo, reciben unas más, otras menos, según su categoría, una cierta influencia de los órganos sensitivos y demás elementos fisiológicos de que el cuerpo se compone; por lo cual se hace preciso conocer, de una parte, la que Alberto Levy llama *constitución mental*; y, de otra, la *constitución física*. Esta última, con la conocida teoría de los *temperamentos* de que era base, ha sido durante muchos siglos la única estudiada, y sobre ella exclusivamente descansaba la explicación de los caracteres. Al presente no es ya posible prescindir de la otra, que apropiadamente podría llamarse *constitución cerebral*, pues, como se verá, las dos son complementarias; por eso voy a exponerlas con alguna extensión como elementos constitutivos aunque parciales, del carácter psicológico innato.

LAS LOCALIZACIONES CEREBRALES.—La experiencia personal más rudimentaria nos muestra que existe una relación íntima entre las potencias espirituales del hombre y su cerebro. Es por ello que no pudo pasar desapercibida ni por la Antigüedad, que la consignó en las obras de Aristóteles, Plinio, Galeno y Nemesio; ni por la Edad media, que hizo lo propio en las de Alberto el Magno y Pedro de Montagna, quienes expresaron ya gráficamente esta relación, señalando ciertas localizaciones cerebrales, que, luego en la Edad moderna, adoptaron o modificaron Luis Dolce y Gordon, en Inglaterra, y Boerhaave, en Holanda, preluando de esta manera el movimiento científico determinado por Gall, el cual se dirige a la investigación de dichas localizaciones.

No está lejano el día en que se rehabilite la memoria de este ilustre fisiólogo, pues no sólo, como dice P. Janet: "en ningún tiempo sus principios han sido refutados entera y decisivamente", sino que, además, los trabajos modernísimos de laboratorio confirman ya la existencia de centros o localizaciones, para los actos motrices y sensitivos, que substancialmente se corresponden con los señalados por Gall. Y no hay que extrañar no pueda afirmarse lo propio todavía respecto de los centros de actos intelectuales y volitivos, porque como lamenta Ribot, "desgraciadamente los trabajos con tanto ardor emprendidos sobre las localizaciones cerebrales, se han limitado a las

regiones motrices y sensitivas, que sabido es dejan a un lado *la mayor parte de la región frontal*". No parece sino que temen encontrarse frente a frente con las potencias inorgánicas, aunque no pueden substraerse ya a la evidencia de las experimentaciones, y se ven precisados a admitir, por lo menos, de una manera genérica, que hay un predominio innegable de los lóbulos frontales para la inteligencia; de los parietales para la voluntad, y de los occipitales para la sensibilidad, lo cual es confirmar la localización tradicional. Según Ribot, "Ferrier, en estos últimos tiempos, ha admitido en los lóbulos frontales la existencia de centros moderadores, que serían el factor principal de la atención; Bain y Fouillée aceptan como tipos fundamentales humanos, los *intelectuales*, los *sensitivos* y los *volitivos*, reconociendo así implícitamente una distinción de órganos cerebrales.

Existen, pues, tales localizaciones, importando poco a nuestro objeto, si cada función dimana de un centro exclusivo, o si, como es lo más probable y natural, cada función necesita de la acción combinada de varios centros principales y de otros subordinados. Lo que a nuestro propósito interesa, es que se esclarezca si estos centros alcanzan en cada individuo un diverso grado de perfección por efecto de un diferente grado de desarrollo anatómico, y si este desarrollo se acusa al exterior por marcadas señales.

Por de pronto hemos de decir que los más modernos fisiólogos empiezan a reconocerlo así, aunque de un modo vago y genérico. Letourneau acepta que la forma general del cerebro influye en las operaciones mentales; Le-Bon reconoce que los caracteres *morales e individuales* de un pueblo, están relacionados con una *estructura anatómica especial del cerebro*; Fouillée reconoce que nuestro carácter innato encuentra su razón última "en la conformación hereditaria de nuestro cuerpo, unida a la *estructura* particular de sus diversos órganos, *especialmente del cerebro*"; palabras que en cierta manera glosa Ribot al decir que "el carácter por entero está escrito en el *organismo* y en el *cerebro*". Podemos afirmar, pues, que está científicamente admitido que el cerebro no sólo influye en la formación del carácter, sino que es además el principal elemento individuante del mismo, pues de su diversa estructura y desarrollo depende la constitución mental, sea de un pueblo, como dice Le-Bon, sea de un individuo, como se deduce de la citada clasificación de caracteres de Fouillée y Ribot, y de las doctrinas que profesó nuestro Letamendi.

Con el sistema de las localizaciones cerebrales y el estudio de las variedades específicas a que dan lugar dentro de su género de caracteres, por las diversas combinaciones que ofrecen, puede completarse el cuadro esquemático de los factores del carácter psicológico, y se hace posible explicar el fenómeno inexplicado por Taine, de que una misma región en una misma época y con un mismo medio educativo,

produzca dos genios completamente opuestos; por él se demuestra que no implica contradicción que de unos mismos padres, y en un mismo hogar, nazcan dos hijos poetas de tan desigual mérito como los hermanos Corneille; que en una misma región y tiempo, puedan aparecer un Racine y un La Fontaine, como en una misma comarca catalana y de una misma raza, pudo aparecer el alto ingenio filosófico de Balmes, sintético y abstracto, y el maravilloso y exuberante genio poético de Verdaguer, analítico y completamente cosmológico, o sea de imaginación plástica.

Taine, no considerando en el hombre más que una *facultad dominante*, como se consideraba en su tiempo el cerebro cual órgano único, no podía explicar tal anomalía, por otra parte innegable; más si se advierte que tal facultad, aun siendo predominante, viene afectada por las demás facultades, de suerte que en dos sujetos en quienes predomine la inteligencia, no se darán dos talentos de igual categoría ni calidad, sino que de ellos uno podrá gozar al mismo tiempo de imaginación creadora y el otro carecer de ella, con lo que se obtendrán el *talento fábrica* y el *talento almacén*, de Balmes. Asimismo, en dos sujetos en quienes predomine la voluntad (hombres de acción), en uno podrá darse una alta mentalidad que dirija la voluntad a elevados y rectos objetivos, y en el otro una imaginación fantástica que sólo podrá conducirle a desafortunadas aventuras. Lo propio puede suceder en aquellos en quienes la sensibilidad afectiva es la facultad predominante, y entonces tendremos muy diferentes tipos, según la elevación de la mente y la energía de la voluntad.

Si, por otra parte, a todo lo dicho se añade que, como enseñó ya Galeno y lo confirman los datos de la Antropología, *es el cráneo* el que *modela el cerebro*, y que la descripción de un cerebro, como puede verse en la que hace Marion del de la mujer (1), es exactamente la descripción de la caja ósea que lo encierra, ¿qué nos impedirá aceptar, siquiera como hipótesis, por todos lados muy verosímil, que los centros cerebrales reflejan al exterior por medio de protuberancias y depresiones, el estado anatómico de su desarrollo?

Precisamente esta es la parte del problema de las localizaciones que más interesa al historiador, como he insinuado antes, y su solución ha de influir altamente en el procedimiento de investigación del dato

---

(1) "El cerebro femenino es más liso, tiene las circunvoluciones más graciosas, menos dilatadas, los pliegues menos pronunciados y menos profundos; los lóbulos frontales en que se presume reside la inteligencia están menos desarrollados que los lóbulos occipitales donde se ha convenido en localizar las funciones psíquicas inferiores, emotivas y sensitivas, sobre todo. Hasta la substancia gris encuéntrase menos abundante y menos densa en la mujer, en que precisamente los vasos que riegan la parte anterior o frontal, son de menor calibre que los que riegan la parte occipital, mientras que sucede lo contrario con el otro sexo". (*Psychologie de la femme*, 3.<sup>a</sup> lección).

psicológico. Porque si la Ciencia viene a confirmar que las protuberancias y anfractuosidades craneales son fiel espejo del desarrollo normal, excesivo o deficiente, de cada órgano encargado de presidir a una función, entonces el historiador psicólogo podrá apoyarse en fundamentos perfectamente objetivos, para estudiar el carácter de un personaje, facilitándosele la investigación del mismo, y podrá tener a mano una contraprueba de sus juicios, como sería la ofrecida por la estructura craneal del sujeto.

En consecuencia, y limitándome sólo a hacer coro a la prudente previsión de Balmes (1), aconsejaré que se recojan y acepten siquiera como *datos empíricos*, los que se obtengan del estudio de la estructura craneal de los sujetos, de lo que nos ha dado ya un bello ejemplo el ilustre escritor argentino Bartolomé Mitre en su celebrada *Historia del General Sanmartín* (2).

EL TEMPERAMENTO.—Antes que Gall vislumbrara con genial intuición el sistema de las localizaciones cerebrales, explicábase la individualización de los caracteres humanos por la teoría psico-física de los temperamentos, señalándose al cerebro una función única, y, por otra parte, completamente indeterminada. Sin embargo, bien se parece que semejante teoría no había de haber satisfecho en tiempo alguno a los más avisados, ya que es de observación vulgar y cotidiana, que se dan sabios y necios, con un mismo temperamento. De ahí el haberse intentado algunas explicaciones más o menos satisfactorias del fenómeno, entre otras, la que se halla en nuestro Huarte, a saber, que puede darse diverso temperamento en el cerebro que en el tronco; lo cual pugna con la realidad científica, y con la misma noción de temperamento, que es composición de la sangre, como ya puntualizaba Mayans. Los modernos estudios de Fisiología, al llamar a la demostración de que el funcionamiento de los nervios depende de la

---

(1) "Si se nos pregunta si creemos que... la observación de las cabezas se haya de descuidar como cosa enteramente inútil y vana, *responderemos que no*; porque es indudable la relación entre el cerebro y las operaciones del alma, y porque la simple vista de las testas de los talentos extraordinarios está indicando que aquí hay algo que estudiar. ¿Quién no ha reparado en la espaciosa frente de casi todos los hombres célebres por su elevada capacidad? Las señales que nos da la inteligencia, ¿por qué no podrían darnoslas otras facultades? (*La Sociedad*, t. II).

(2) "En los heroicos días de su edad viril, San Martín, como la estatua viva de las fuerzas equilibradas, era alto, robusto y bien distribuido en sus miembros, ligados por una poderosa musculatura. Llevaba siempre erguida la cabeza, que era mediana y de una estructura sólida sin pesadez, poblada de una cabellera lacia, espesa y negra, que usaba siempre corta, dando relieve a sus líneas simétricas sin ocultarlas. *El desarrollo uniforme del contorno craneano, la elevación rígida del frontal, la ligera inclinación de los parietales apenas deprimidos sobre las sienas, la serenidad enigmática de la frente, la ausencia de proyecciones hacia el idealismo*, si no caracterizaban la cabeza de un pensador, indicaban que allí se encerraba una mente robusta, capaz de concebir ideas netas, incubarlas pacientemente y presidir sus evoluciones hasta darles formas tangibles". Podría continuar la descripción, que es un retrato de cuerpo entero, según la escuela de Gall y Lavater.

composición de la sangre que los riega y alimenta, han señalado además al temperamento su propia naturaleza y función; y, en consecuencia, debe considerársele únicamente cual factor que determina la *cualidad* del carácter. El aparato fisiológico (si se me permite esta familiar comparación), se compone en todos de las mismas piezas; pero, ni estas piezas son de igual valor y desarrollo en todos, ni funcionan con idéntica intensidad y rapidez; por el contrario, en unos individuos ciertas piezas u órganos alcanzan mayor desarrollo que en otros; y en cuanto a la actividad con que funcionan, es pesada en unos, en otros ligera; en unos intensa, en otros superficial; en aquéllos variable, en esos otros constante.

Fouillée ha descrito muy bien ese diverso funcionamiento, y por él ha caracterizado los temperamentos. Obsérvase, dice que en unos individuos predomina la integración de la substancia viva, principalmente nerviosa, como en los *sensitivos*; en otros, la desintegración, como en los *activos*; y como las reacciones que acompañan a esas funciones pueden ser rápidas o lentas, intensas o superficiales, de ahí la división de los temperamentos en cuatro grupos, que coinciden, como no podía menos de suceder, con los tradicionales: sanguíneo, nervioso, colérico o bilioso y linfático o flemático. De todo lo cual deduce y sienta definitivamente, que el temperamento es el *dinamismo del organismo*, mientras que la constitución del sujeto es su *organismo estático*.

El cuadro sintomático de estos temperamentos mil veces esbozados desde Galeno, y personificados por Dürero en los cuatro *Apóstoles* de la Pinacoteca de Munich, tal vez nadie lo haya trazado con mayor exactitud ni detallado más gráficamente que Letamendi (1), y su descripción puede ser sobremañera útil al historiador para investigar y precisar el temperamento de sus personajes. Sólo hay que tener presente que no se dan en la naturaleza, aunque otra cosa haya

---

(1) Véase como describe los tres más importantes:

*Sanguíneo*.—Corazón amplio y enérgico, ojos brillantes, rosadas y lucientes mejillas y formas generales mórbidas.

Notas.—Lozania de la tez, viveza infantil de la mirada y morbidez general de formas.

—Inquietud física, inestabilidad psíquica, ligereza, alegría, acción incesante.

*Nervioso*.—Notas exteriores: 1.º Tinte azulado del blanco de los ojos; 2.º Lo rosado de las uñas; 3.º Pobreza de muñecas.

Carácter fisiológico: gran susceptibilidad afectiva por predominio y flaqueza absoluta del cerebro.

*Bilioso*.—Piel morena de un pálido terroso, cuando no levemente subictericio... abundancia de vello y cabello; rostro aguileño o bien subintrado, insinuante o ceñudo... dilatación de las venas.

Caracteres fisiológicos: Marcada susceptibilidad de las vías digestivas y gran propensión a trascendencia simpática de sus menores perturbaciones al cerebro; carácter tético e irascible, no derivado de la índole psíquica sino de la condición abdominal del individuo.

(Curso de Clínica General, I.—154. Barcelona).

sentido Kant, tipos puros de temperamento; lo real es el temperamento mixto, ya sea harmónico, ya con predominio de uno de sus componentes; no debiendo olvidarse, además, que el temperamento es modificable por la edad, el género de vida y el medio físico. Así, de muchos personajes podría decirse lo que de Enrique el *Doliente* testifica Pérez de Guzmán, eso es, que siendo de nacimiento sanguíneo, y por lo tanto inclinado a la alegría, "por las enfermedades hízose mucho triste y enojoso". Asimismo se observa que el sanguíneo habitando en un medio cálido, va modificándose en bilioso; y que, en cambio, viviendo en un país, o siquiera habitando en un local húmedo y frío, puede llegar al flegmatismo; lo cual no sólo explica el cambio de carácter, y, en consecuencia, de conducta que se ofrece en muchos individuos al pasar a otro Continente, sino también la homogeneidad de temperamento que presentan las naciones que habitan un medio homogéneo y el parecido que guardan las que habitan medios semejantes.

La regularidad con que acostumbran a corresponderse ciertos *caracteres morales* con ciertos temperamentos, así la alegría con el sanguíneo, la tristeza con el nervioso-bilioso (antiguo melancólico) y la cólera con el bilioso; indujo a los antiguos a atribuir el carácter moral y aún el talento de los hombres a su peculiar temperamento; confusión que, aun tocando a nuestros días, han padecido, como Aristóteles y Galeno, médicos como Descuret y Manuvrier y filósofos como nuestro Cardenal González, pero que es ya imperdonable en los modernos, una vez admitida la múltiple función del cerebro.

Lo que de tal correspondencia creo puede lógicamente deducirse es la existencia de una relación, tal vez de causa a efecto, entre el temperamento y la estructura craneal, siendo a mi ver indicios de ello, el que tanto el temperamento sanguíneo como el nervioso se presentan ordinariamente con notable desarrollo de la imaginación; mientras el bilioso más bien con desarrollo notable de la inteligencia y la voluntad. ¿Será que cada temperamento va indisolublemente unido a un aparato fisiológico, que a su vez determina un desarrollo especial de un centro del cerebro? Allá la Ciencia. Por mi parte ignoro, y hoy por hoy ignoran también las escuelas de Psicología experimental, la esencia de todas esas relaciones. Lo que sí sé, y por lo delicado de la materia me habéis de permitir que insista en esta índole de declaraciones, es que en nada de lo dicho se halla fundamento para deducir conclusión alguna que favorezca al determinismo profesado por Taine, Lombroso y sus prosélitos, pues aun cuando el temperamento afecta directamente a la sensibilidad, y la voluntad tiene menor dominio sobre esta facultad orgánica, que sobre la inorgánica que es la inteligencia, sin embargo, es cierto y la Psicología experimental señalando centros moderadores y actos de inhibición lo comprueba, es cierto, digo, que el hombre puede resistir y refrenar las inclinaciones

propias de su temperamento, llegando por el hábito, no sólo a modificar el temperamento mismo, sino aún atrofiar el órgano cerebral demasiado tiránico en correspondencia con el temperamento; como por el hábito puede llegar un espíritu a la maldad a que no le inclinara ningún órgano cerebral ni linaje alguno de temperamento. La respuesta de Sócrates al fisonomista Zopiro; es el argumento de la antigüedad sabia en favor de la libertad humana; la vida de los héroes de la santidad es el argumento elocuentísimo de todos los siglos de la Historia en favor de la misma doctrina.

En las breves nociones que acabo de exponer quedan señalados los elementos constitutivos del carácter psicológico humano; son estos: un entendimiento, una voluntad y una sensibilidad, cuya capacidad para sus funciones depende del desarrollo de los órganos que componen la masa encefálica; y su actividad, del temperamento y compleción corporales, a que se une el hábito creado por la educación privada y social. Según predomine una de las indicadas facultades, se dan los tres caracteres típicos de Ribot: los *intelectuales*, los *volitivos* y los *sensitivos*.

Como los primeros interesan más que al historiador de hechos al historiador literario (1), porque el carácter intelectual, notable para ser historiado, será el de un sabio o el de un literato, por eso voy a ocuparme tan sólo en los *sensitivos* y *volitivos*.

De ellos ofrece la humanidad dos tipos modelos, en los caracteres peculiares de los dos sexos. "El hombre, ha puntualizado Descartes, vive más bajo la influencia de su entendimiento y por consiguiente de su voluntad; la mujer más bajo la influencia del sistema nervioso ganglionar, es decir, bajo el predominio del sentimiento que no raciocina"; que por esta razón A Comte llamó a la mujer el *sexo afectivo*, lo cual entiendo puede sostenerse hoy, a pesar de la opinión manifestada por Lombroso, Sergi, Varigni y otros, de ser la mujer *menos sensible*, aunque más *irritable* que el hombre, pues aun cuando ello sea afirmar que su sensibilidad *afectiva* es menos profunda que en el otro sexo, no obstante no es negar que viva más sujeta que éste a su propia sensibilidad.

Con todo, estos dos tipos no son inmutables ni necesarios. Mujeres se dan (y pongo por caso, como el más soberano ejemplo de nuestra patria, a Santa Teresa) que se gobiernan no por el sentimiento sino por la razón; como se dan hombres que se gobiernan más que por la razón, por las impresiones de su imaginativa.

La semejanza que existe entre los hombres *sensitivos*, que es entre

---

(1) El estudio psicológico es aplicable tanto como a la Historia, a la Literatura y aún al Arte, como lo demuestra el ejemplo dado por Taine. Por mi parte, hace años ensayé hacerlo, en el estudio: *Quien fué D. Francisco de Quevedo*.

quienes predomina la imaginación, sea sensible, sea afectiva, y la mujer, puede servir de base de estudio al historiador psicólogo para ahondar en el conocimiento de los caracteres. El hombre sensitivo presenta la movilidad de juicio y de acción, propia del otro sexo, a causa de la viveza de las impresiones que recibe, trascendiendo algunas veces la semejanza hasta lo físico, presentando formas mórbidas, cutis fino y delicado y una exquisita sensibilidad. Si a tal imaginación responde una voluntad pronta, tenemos al *impulsivo*; si una voluntad débil o efímera, es entonces el irresoluto, ya que la voluntad no es más, en su relación con la sensibilidad, que la reacción del yo sobre las impresiones del mundo exterior.

En ningún caso, empero, cabe esperar del sensitivo firmeza en la opinión, ni constancia y consecuencia en la conducta. Sus razonamientos más profundos son conmovidos en su misma base, como confiesa de sí mismo Renan, por otro fúlgido razonamiento contrario que deja perplejo al juicio y sin convicción íntima al sujeto. Sus mejores propósitos son contrarrestados por la impresión inesperada que viene a conmover los resortes de su voluntad en sentido contrario al de la impresión anterior. Pastor, al trazar la historia de Clemente VII, tan relacionada con la de nuestra patria, nos ha dado un retrato acabado de este género.

Tipo opuesto por diámetro al sensitivo, es el volitivo con voluntad firme y constante, en el cual toda idea alcanza, convirtiéndose en acción, su completo natural desarrollo. Acostumbra ser semejante tipo, armónico o bien bilioso; su razón se mantiene habitualmente serena, porque ninguna sensación es poderosa a perturbar las operaciones de su juicio; su afectividad, en cualquier grado que exista, es siempre más que extensa, profunda; lo cual a veces le imprime un exterior austero, que al observador superficial parece frío e insensible: tal se me aparece el carácter de Fernando de Antequera, tal el de los Reyes Católicos, tal el del controvertido Felipe II.

Alrededor de estos tres tipos psíquicos, a saber: intelectuales, sensitivos y volitivos, pueden agruparse como especies comprendidas en sus respectivos géneros, los caracteres mixtos, de mil maneras variados, que ofrece la humanidad, con mayor razón que alrededor de los tipos a quienes se dá por base el temperamento, ya que hemos dicho no ser éste más que determinante de la calidad del carácter.

Además podemos considerar estos tres tipos como normales, entendiendo por anormales aquellos en que el modo de funcionar las facultades se presenta habitualmente alterado. Si esta alteración llega al desacuerdo de las mismas, entonces desaparece el carácter y no queda más que el desequilibrio inconsciente e irresponsable, en una palabra, la locura.

Con estas sumarias indicaciones tiene bastante el historiador para

emprender la investigación del carácter psicológico de un personaje o de un pueblo, ya que por más que se contienda, así la *Psicología de las Muchedumbres* como la de los *Pueblos*, no serán ni pueden ser jamás otra cosa, según ya lo sintió Spencer, que la aplicación de la Psicología individual a un conjunto o comunidad de individuos, sin que los rasgos que se nos quieren dar como propios y exclusivos del conjunto, cual producto peculiar de una combinación de elementos heterogéneos, sean más que los rasgos que ofrece cada uno de aquellos individuos, puesto en circunstancias análogas a las de la muchedumbre.

Fáltanos ver ahora como debe procederse para investigar a través de los documentos, cada uno de los elementos constitutivos del carácter psíquico del sujeto materia de estudio.

#### PROCEDIMIENTO DE INVESTIGACION

Por lo general, casi siempre será cosa facilísima conseguir los datos del temperamento, y aún a veces los que pueden interesarnos frenológicamente, pues en todo tiempo el instinto artístico del hombre se ha complacido en reproducir los rasgos físicos de los que han despertado su interés o excitado su admiración u odio. Los historiógrafos, en particular, tienen de ello cuidado especial, y aún a veces documentos los más ajenos al asunto, nos proporcionan el dato apetecido (1). Y no se contentan con consignar tales rasgos solamente, sino también otros muy descuidados hoy, y en gran predicamento hasta casi nuestros días, como *fuentes de indicios* para la investigación conjetural del carácter. Refiérome a aquellos indicios que Lavater llevó al más alto grado de precisión (2), y que desde Aristóteles en su tratado de *Fisonomías*, fueron tenidos en consideración tal, que, como hace

---

(1) Así en mi modesto trabajo sobre *El Fallo de Caspe*, en que empecé a poner en práctica estas mismas teorías, me fué posible fijar el temperamento del último Conde de Urgel y reconstituir su retrato con los datos que proporciona su alegado en favor de la Corona ante los Compromisarios.

(2) ...“el sistema de Lavater lleva ventajas al de Gall. Lavater no toma el cráneo como único indicio de las facultades del alma, sino que extiende su observación a todo el cuerpo. El temperamento, el tamaño y figura de la cabeza, el gesto, la actitud, el porte, los modales, el metal de voz, los ojos, la mirada, la boca, la nariz, la frente, la barba, el cuello, el pecho, los músculos, las manos, hasta los cabellos, todo lo hace entrar en combinación para juzgar con acierto. Esta doctrina, sea lo que fuere de su valor e importancia, es más racional que la de los frenólogos, estando más de acuerdo con los buenos principios fisiológicos y con lo que dicta al común de los hombres el simple buen sentido cuando se proponen juzgar de lo interior por las apariencias externas”. (*Filosofía elemental*.—Psicología.—Al final del cap. IX).

notar el *divino* Valles en su *Philosophia Sacra* (1) llegaron a informar algún pasaje del Derecho Procesal y fueron llevados por Furió Ceriol al extremo de ser propuestos para tomados en cuenta en la elección de los Consejeros del Príncipe. Entre estos indicios no hay que olvidar ni tener por insignificantes aquellos que la sabia antigüedad, ratificada por la Sagrada Escritura, nos enseñó: *declararon lo que sea un hombre*, a saber, su *modo de vestir*, su *modo de andar* y hasta su *modo de reir*. Todos recordamos de Cervantes el "no andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto dá indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad, no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César". El mismo color del vestido y el modo de llevarlo, no son cosas indiferentes y sin significado: el ser obscuro o claro; anacrónico o de última novedad; el llevarlo abierto o constantemente abrochado; descuidado o nimiamente curioso, son detalles que encierran otras tantas revelaciones para quien sabe observar.

De la *manera de reir* (al que podría juntarse el timbre de la voz), ha dicho el libro del *Eclesiástico*: "El varón prudente apenas se deja oír en sus risas; el fátuo, cuando ríe, levanta la voz estrepitosamente, semejando el chasquido de los espinos en la lumbre".

Por fin, al *modo de andar* y al porte exterior concedieron tanta importancia los antiguos y les atribuyeron tanta relación con el carácter sobre todo moral, que Cicerón siente que "los movimientos del cuerpo son como la voz del alma"; y San Ambrosio, al parecer glorificando esa sentencia, explica en su libro *De officiis*, como por sólo el modo de andar, deshaució a un candidato al sacerdocio, y expulsó por la misma razón a otro de su compañía, sancionando luego el tiempo su previsión, pues los dos salieron perversos. Mas si se quiere un testimonio todavía más brillante de la atención con que consideró la antigüedad los rasgos exteriores del hombre, convencida de la estrecha relación que guarda todo lo físico con lo moral, recuérdese el retrato

---

(1) "Sed et legibus etiam civilibus, in quibus iniquum sit cencere esse aliquid futile, aut vanum, cautum est si duo homines inciderint in criminis suspicionem, is primum torqueatur qui sit aspectu deformior, cuius legis ratio est in Physiognomia". Cap. XXXII. *De Sacra Phil.*

Con este autor va toda la tradición filosófica española hasta últimos del siglo XVIII, en que se aparta de ella con poca o ninguna base científica el P. Feijóo, atacando el sistema por la exageración de algunos que lo habían empalmado con la Astrología Judiciaria. No pensaban así teólogos tan notables como Del Río, en su célebre obra *Disquisitionum Magicarum libri III*; el P. Miguel Medina: *Paranes Christi*; el P. J. Pineda, *In Job*, c. XXX, y el P. Perer en su *Commenturia in Genesim*, c. XXX, sin otros más conocidos y citados, a los cuales vemos acostarse en pleno siglo XIX, nuestro Balmes.

que de Catilina nos dejó Salustio, y el que San Gregorio Nacianceno nos trazó con vigoroso buril, de Juliano el Apóstata (1).

No creo de menor importancia recoger los datos que proporcione la escritura del personaje, estudiada esa a la luz de los principios de la *Grafología* (a los cuales acaba de dar peso de autoridad el grave filósofo Tarde,) completándose el conjunto con el conocimiento de la educación recibida y de las doctrinas que informen las costumbres de sus contemporáneos.

Empero, podrá acaecer, y la probabilidad de ello será mayor, cuanto más antiguo, desconocido o insignificante sea el sujeto, no darse posibilidad de allegar ninguno de esos datos, o bien, sólo una pequeña parte de ellos: ¿qué hará el historiador en tal caso? ¿Desistirá de investigación tan importante y prescindirá del dato psicológico?

En ningún modo. Entonces es ocasión de aplicar el principio de observación de P. Janet, a saber: "que el mejor medio para conocer a los hombres, es examinar sus actos y sus palabras"; principio que puede enlazarse y corroborarse con el de Schopenhauer, según el cual "cada sér obra según su inmutable naturaleza"; y con la definición que del carácter ha dado Ribot, a saber: "una manera de obrar y de reaccionar, siempre constante consiguió misma"; sin excluir al voluble, pues su tónica es precisamente, y lo hemos visto en el *sensitivo*, esta misma volubilidad; ni al hipócrita, ya que éste no es más que un sér débil fingido como todos sus congéneres, pero no ficticio; de suerte que en cierto sentido podría decirse que el hipócrita no existe. (2)

Apoyados en esa definición que nos permite señalar a cada carácter una *habitual unidad y estabilidad*, bien podemos admitir que los dichos y los hechos de un personaje, suficientemente probados, nos han de dar forzosamente la silueta de su carácter y los puntos capitales de la trayectoria que éste ha trazado a su conducta. Cuando el

---

(1) Pintándonos a Catilina, dice Salustio: "su color era pálido, sus ojos horribles, su modo de andar, unas veces tardo, acelerado otras: ciertamente llevaba impresa la insensatez en su aspecto y en su rostro".

Por su parte, el Nacianceno, nos describe así a Juliano: "nada bueno podían hacerme augurar una nariz delgada, unos hombros saltando sin reposo, unos ojos insolentes y vagarosos y de mirada feroz cuando los fijaba, unos pies nada firmes y al andar indecisos, una nariz respirando insultos y desprecios, y una risa petulante y desenfrenada".

(2) No debe confundirse, como a menudo sucede, el carácter psicológico, con el que se llama moral, que puede definirse y se le ha definido, "la voluntad constante de cumplir con el deber", pues mientras no hay hombre que no tenga propio determinado carácter psicológico, más o menos pronunciado, en cambio existen, desgraciadamente, muchos desprovistos de carácter moral. De no hacer esta distinción ha nacido el error en que incurren varios, entre ellos Tolstoi en *Resurrección*, de negar que el carácter variable sea también un carácter.

El historiador debe estudiar, sin duda, el carácter moral de sus personajes, y en tal pintura brilla sobremanera lord Macaulay, cuyas biografías, como hace notar Taine, son más que todo juicios, esto es, descripciones de los actos y conducta moral de los hombres; pero lo primero, lo fundamental, no es esto, por ser ya un efecto de lo propiamente fundamental, que es el carácter psicológico.

personaje se nos presenta *sibi constans*, sin que se dé hecho alguno en oposición con el carácter que provisionalmente le hemos atribuido, bien podemos creer que hemos dado con la verdad. Mas no es este el caso que comunmente se ofrece, antes por el contrario, son raros los hombres que en ningún momento de su vida han sido inconsecuentes: esos son los grandes caracteres morales. Lo más frecuente es que algunos actos de la vida respondan más bien que a la fuerza interior, a excitaciones exteriores, que desvían la conducta de su natural trayectoria. El historiador no podrá rechazarlos si están debidamente probados; su trabajo se reducirá a comprender y exponer toda la importancia que pudieron tener para su personaje tales excitaciones, hasta llegar a constituir una *causa suficiente* de desviación de conducta. Si tales hechos son *dudosos*, podrá admitirlos sólo a beneficio de inventario; mas, cuando no traen consigo prueba alguna, deberá rechazarlos por gratuita negación de una verdad probada, como resulta el carácter psicológico conocido.

Veamos un ejemplo. Un historiador psicólogo no aceptará con la facilidad que lo ha hecho Mr. Calmette, que nuestro D. Juan II fué un hombre "avaro, de implacable gesto, de furor concentrado, de rasgos duros de viejo bilioso y tiránico", tal como le representó Sala y Francés en su *Arresto del Príncipe de Viana*, porque de su físico aparece haber sido sanguíneo, terreno poco abonado para avaricias y furores concentrados; los historiadores más cercanos a su tiempo nos le dan por amigo de fausto en tal grado, que llamó la atención en la misma famosa Corte de Nápoles; Garibay, hablando del bautizo del Príncipe de Viana, exclama que "siendo *profusísimo* el genio de Don Juan, no es mucho que fuesen las fiestas de tan grande ostentación que rara vez se había visto en España semejante"; La Piscina le acusa de que no supo jamás guardar de un día para otro, de lo cual parece hartó convincente prueba el morir sin haber allegado la menor cantidad de dinero, de suerte que para su entierro hubieron de empeñarse sus joyas. A estos datos se junta la irrefutable autoridad de Zurita, a quien puede tomarse como testigo de mayor excepción, pues debe suponersele enterado de cuantos documentos hagan referencia a tal Príncipe, y Zurita dice: que fué muy señalada "su *liberalidad y clemencia*, con una extraña humanidad y mansedumbre... que, apenas hallo príncipe de los tiempos antiguos con quien poderle comparar", lo cual ciertamente viene justificado por su proceder en las guerras continuas que sostuvo, pero singularmente en la civil de Cataluña, en la que, a pesar de haber amenazado con no dar cuartel a prisionero alguno, fuese o no de la Nobleza, no llevó ni una sola vez a cabo su amenaza, con lo que se demostró haber sido sólo ardid de guerra. Su venganza fué la franca intimidación con que distinguió aún a sus mayores enemigos, después del Pacto de Pedralbes.

En frente de esta silueta psicológica, basada en hechos irrefutables, ¿qué se opone? En prueba de su avaricia, ¿las continuas peticiones de dinero a las Cortes navarras? Bien se ve que tal dato es ambiguo, pues de igual achaque padecerá el avaro que el pródigo. En prueba de su tiranía, ¿se recordará la conducta que observó con los catalanes en la ocasión de familiares desavenencias con su hijo, el Príncipe de Viana? Mas quien no hallará explicación natural de ella en la educación jurídica y política, recibida en Castilla y tan opuesta a la de Cataluña? En demostración de sus *furros concentrados* y de sus *gestos implacables*, ¿se citará la desvanecida leyenda del asesinato del de Urgel, o su complicidad en el sospechado y nunca probado envenenamiento de su hijo? Es evidente que hecho tan dudoso no puede hacer fuerza alguna para inclinar al historiador a aceptar conclusiones que pugnan con los datos ciertos y probados del carácter psicológico de Don Juan.

Idéntico procedimiento deberá seguirse en la investigación del carácter psicológico de un pueblo. Nada de fantasmagorías a lo Ganivet, ni preocupaciones a lo Fouillée, ni sectarismos a lo Buckle y a lo M. Hume, que es decir, nada puramente subjetivo: el dato documental debidamente comprobado, esto es, la objetividad por base, y, luego, las conclusiones legítimas.

Mas aquí será bien notar, como lo hace el señor Altamira, que, tratándose de un pueblo, se habrá de tener presente que no puede considerársele como un todo homogéneo, sino siempre como un conjunto o agregado de elementos heterogéneos, que deberán ser estudiados separadamente; resultando toda conclusión de conjunto, parcialmente falsa, respecto de algunas regiones. De donde debemos deducir que de una nota característica general no será prudente concluir la característica de una región particular sin antes comprobarla.

Sin embargo, como una nación es una entidad moral a la que hay que reconocer fisonomía propia, se hace preciso ajustarse al convencionalismo de aceptar por comunes a todos sus componentes, lo propio y lo característico de la inmensa mayoría de ellos.

Esta silueta del carácter general nos la marcará gráficamente la acumulación de los datos históricos auténticos que atestiguan el modo *tradicional de pensar, de sentir y de querer* del pueblo estudiado. Siguiendo seguramente este método, el mentado señor Altamira ha podido trazar la silueta más fiel que conocemos del carácter psicológico español.

Estudia primero nuestra intelectualidad, y nota en ella un alto idealismo, exento, sin embargo, de la exageración alemana, más antes con tendencia a un realismo propio de las ciencias de aplicación y un gran respeto a la realidad; idealismo singular por el que la intuición en los españoles es más poderosa que la reflexión, y que se comi-

padece con un cierto grado de criticismo que nos aparta de la sujeción servil a ninguna autoridad, como ya empieza a reconocérsenos contra aquellos que nos juzgaban de ingenio servil y sin iniciativas, por el hecho de no tener apenas herejes en nuestra historia religiosa. Como consecuencia natural de esta condición del entendimiento, nota en lo moral, grandeza, hidalguía, fidelidad y elevado idealismo de la vida.

En esta luminosa silueta espiritual está contenida toda nuestra Historia: nuestras Instituciones políticas y sociales, nuestras costumbres, nuestro estado económico, nuestros aciertos y nuestros desastres, todo se explica por ella, sin tener que apelar a los extraños ideologismos de los autores más arriba indicados.

Cuando los rasgos del carácter psicológico nacional estén científicamente determinados, no hay temor que la realidad presente, ni los nuevos datos históricos que puedan aparecer, vengan a desmentirlos; por el contrario, serán su comprobación más manifiesta. Así, por ejemplo, ese mentado idealismo de la vida, que ha sido tradicionalmente la causa más profunda e indestructible de nuestro inveterado malestar económico, certificado ya por Catón, aparece a lo mejor corroborado por un inesperado dato arqueológico, como verbigracia, el que nos proporciona la Mitología española acusando que el culto a Mercurio no tuvo aquí importancia ninguna, pues se le encuentra sólo en Cartagena y Carmona, ciudades frecuentadas por fenicios y cartagineses; y que en cambio fué culto general y popularísimo el de la diosa Fortuna, de que todavía hoy lo esperan todo los españoles.

En cuanto a la realidad presente, estúdiense lo que fué nuestro entusiasmo nacional en la Reconquista y en cuantas guerras han sido aquí populares, y se verá que nunca fué su móvil un fin utilitario, pues, aún en aquella epopeya de setecientos años, acerca de la cual cabría sospechar si el afán de poseer y señorear más y mejores tierras hubo de *lanzar el Norte sobre el Mediodía*, puede probarse fué guerra santamente idealista, esto es, de Religión, por cuanto se sabe por los embajadores de Castilla a Inocencio III, que desde el punto que cesaba la predicación de los sacerdotes alentando a la Cruzada, los ejércitos de labriegos no se reclutaban ya y se paralizaba la Reconquista. Altos ideales y empresas generosas ha perseguido siempre España, y así contempla hoy con fría indiferencia la actual lucha con las kabilas marroquíes, en busca de una ventaja económica para nuestra nación, mientras acogió con entusiasmo delirante la declaración de guerra al mismo Marruecos en 1859, porque como decía O'Donnell en el Senado, no íbamos allí "por una cuestión de ambición..., sino a mantener el nombre español!"

Por otro lado los datos fisiológicos vendrán forzosamente también a corroborar los psicológicos. Si se da oposición, ha de proce-

derse a la revisión más bien del primero en quien cabe error material, que de este último, más especulativo.

Ejemplo notabilísimo de este caso nos lo ha ofrecido en España Olóriz con su trabajo sobre el índice cefálico medio de nuestro pueblo. Los datos psicológicos acusan, como hemos visto, un idealismo en todos los órdenes de la vida, innegable, que supone a su vez un predominio de dolicocefalia; la conclusión de Olóriz fué todo lo contrario, pues, según él, "la población española en la mayoría de las provincias es principalmente mesaticéfala, con predominio de braquicéfalos". La revisión se imponía desde aquel momento, y aun cuando aquí a nadie preocupó el conflicto científico, o mejor diré, nadie dió muestras ni de haberlo sospechado, sin embargo, vino la revisión cuatro años más tarde, y el Dr. Livi resolvió el conflicto en favor del dato psicológico, probando que la conclusión de Olóriz resulta exagerada por un error de procedimiento, cual es que "las medidas tomadas con el cuadro de máxima que fué el empleado por Olóriz, tienden a exagerar algún tanto el índice cefálico en el sentido de mayor braquicefalia".

Sirvan todas esas indicaciones, que tal vez han pecado de prolijas, tanto para probar la bondad del procedimiento que modestamente propugno, esperando que otros lo perfeccionen y autoricen, como también de argumentos decisivos en favor de la necesidad de investigar y fijar objetivamente el carácter psicológico de los personajes o pueblos, objeto de la Historia.

Hasta ahora esta mágica evocadora de los tiempos que fueron nos ha presentado a los hombres moviéndose más por ideas o sentimientos generales que a impulsos de pasiones personales casi siempre inconfesadas, las más veces inconfesables. Presentados bajo este prisma, los personajes de la Historia poco difieren de los de la Literatura, y en muchos casos puede repetirse el principio estético de Aristóteles, aunque en otro sentido, esto es, *ser la Poesía más verdadera que la Historia*, más cierto lo fingido que lo que como real se nos ofrece. En cierta manera puede decirse que el lector se halla en la contemplación del drama que la Historia pone ante sus ojos, en condiciones parecidas a las del espectador que ignorase el convencionalismo de los hechos que se desarrollan en la escena del teatro. Cree aquél conocer los móviles, las causas verdaderas de los sucesos que el historiador relata, y en realidad de verdad no conoce sino lo convencional que apareció un día en discursos mentirosos y en documentos oficiales, casi siempre encubridores de falacia. Contempla, por ventura, como entre dos Repúblicas se declara una guerra *inexplicable* por su objeto y por su pretexto; mas como el historiador le presenta documentos fehacientes de que todo fué efecto de una explosión (asimismo inexplicable) del noble orgullo nacional de uno de

los Presidentes, se da por convencido y se entusiasma; cuando la verdad no es otra sino la inconfesada explosión de unos celos ilegítimos que precipitaron al Presidente provocador a despedir ignominiosamente al Embajador de la vecina República, cuya afrenta *oficial* vengó su nación declarando la guerra. Seguirá tal vez con asombro las negociaciones practicadas por un Ministro para atraer a la política de su nación a un poderoso Emperador, quien a pesar de su prudencia y contra su propio interés, se deja arrastrar a una alianza; y cuando esta anomalía habría de hacerle exigente en pedir del historiador una causa suficiente del hecho, se contenta con los encomios que tributa aquél al genio diplomático del Ministro, mientras recatada en la sombra queda la Verdad señalando al *eminente diplomático* ejerciendo una infame tercería cerca del Emperador, nada novicio en aventuras de tal índole.

Sea, pues, conclusión de este mi modesto trabajo, señalar una vez más la necesidad de que a los datos externos que acostumbra a ofrecernos la Historia, se añadan en adelante los que pueda proporcionarnos el estudio interno de los personajes. "El historiador (diré con Guido Villa), después de haber confirmado la verdad de los acontecimientos políticos, debe indagar los motivos que impulsaron a los personajes que intervinieron en ellos, a obrar más bien en un sentido que en otro".

Sólo entonces desaparecerán las contradicciones que a menudo nos presentan los hombres y los hechos; sólo entonces sabremos si las palabras y los documentos son fiel espejo de quien los pronuncia o los firma; si la elocuencia de los discursos fué inspirada por un noble interés o un mezquino egoísmo; si las empresas hazañosas tuvieron un alto fin o fueron satisfacción de las más bajas pasiones. Los espectadores de la obra estupenda de Tamayo, *Un Drama Nuevo*, nada comprenderían de lo que pasa ante sus ojos si al caer muerto *Edmundo* no se adelantase *Shakspeare* a explicar la verdad de lo ocurrido: el espectador del drama de la Historia, igualmente necesita un *Shakspeare* que descorra el vélo de la ficción que tan a menudo encubre el pensamiento y la voluntad de los hombres: en el drama de la Historia, *Shakspeare* no puede ser más que el psicólogo.

HE DICHO.

# NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

## POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES

---

- ALTAMIRA (Rafael).—*Psicología del Pueblo español*, pág. 117 y siguientes y *La Enseñanza de la Historia* (segunda edición, Madrid, 1905).
- AMBROSIO (San).—*De officiis*, lib. I, c. 18.
- ARBARENE.—*Etudes sur l'histoire universelle*, citado por Saralegui, v. este autor.
- ARISTOTELES.—*In Physiognomicis*, c. IX y X.
- ARNAIZ (P. Marcelino, agustino).—*Las Metáforas de la Ciencia en las Ciencias del espíritu*, 1908. Madrid, pág. 128.
- BALMES (J.).—*La Sociedad*, t. II, pág. 85.—Barcelona 1889 (5.ª edic.).
- BERNHEIM.—*Doctrinal del Método histórico*, cap. V.
- BINET (Alfredo).—*L'âme et le corps*.
- EODIN.—*Methode pour etudier l'histoire*, cap. V y *Republique*, c. V. 1.
- BOUCHOT (Euri).—*Preface a L'Heredité des stigmates*, de Galippe, pág. XVI.
- BOUTMY (Emile).—*Taine, Scherer, Laboulaye*, pág. 6. Paris, 1901.
- BUCKLE (Tomás).—*Historia de la Civilización en Inglaterra*, 1857 a 61.
- CALMETTE (Joseph).—*Louis XI, Jean II et la Révolution catalane* (1461-1473), chap. I, pág. 42. Toulouse, 1903.
- CERVANTES.—*Quijote*, segunda parte, cap. XLIII.
- CURTIUS (Ernesto).—*Historia de Grecia*, t. I, cap. I.
- DANTEC (Félix Le).—*Las influencias de los antepasados*, cap. XVII. Madrid, 1907.
- DESCURET.—*Medicina de las Pasiones*, cap. IV.
- DUPAULOUP.—*Conseils aux jeunes gens sur l'étude de l'histoire*, Paris, 1872.
- FERRIER.—*Les fonctions du cerveau*, pág. 103.
- FOUILLEE (Alfredo).—*Temperamento y Carácter*, Madrid, 1901.
- ID.—*Esquisse psychologique des peuples européens*, Paris, 1903.
- FURIO CERIOL (Fadrique).—*El Concejo y Consejeros del Príncipe*, cap. II: pág. 175. Madrid, 1779.
- GALIPPE (V.).—*L'hérédité des stigmates de degenerescence et les familles souveraines*, Paris, 1905.
- GRATIOLET citado por P. Janet.—*El Cerebro*, pág. 70.
- GUYAU.—*L'hérédité psychologique*, 1.ª parte, c. VII.  
*L'Art au point de vue sociologique*, pág. 34.
- GIRAUD (V.).—*Essa: sur Taine* (2.ª edic.), pág. 123.
- GANIVET (Angel).—*Idearium español* (Granada, 1897) y *El Porvenir de España* (Madrid, 1905).
- HIPÓCRATES.—*Epidemias*, lib. V.

- HUME (Martín).—*Historia del Pueblo español*.
- JANET (Pierre).—*L'etat mental etc.*, 1894; *El Cerebro y el Pensamiento*, pág. 176, Valencia 1877.
- KOSTYLEFF (N.).—*La Crise de la Psychologie experimentale*, chap. IV. Paris-Alcan. 1911.
- LACOMBE (P.).—*De l'histoire considerée comme sciencia*.
- LETOURNEAU.—*Fisiología de las Pasiones*, Barcelona, págs. 25 y 224.
- LETAMENDI (José de).—*Curso de Antropología integral*, Barcelona, 1895, página 38 y *Curso de Clínica general*, I, 154, Barcelona.
- LEVY (Albert).—*Psicología del Carácter*, citado por Malápert.
- LONGHAYE (G.) 3-J.—*Dir Neuvième siècle, esquisses litteraires et morales*, Paris, 1905, t. III, pág. 218.
- LOMBROSO (César).—*Estudios de Psiquiatría y Antropología*.—Madrid.
- LIVI (Dr. Ridolfo).—*Antropometria militar*, pág. 186.—Roma, 1896.
- MACAULAY.—*Vidas de Políticos ingleses*. De Historia.
- MALAPERT (P.).—*El Carácter*, pág. 91, Madrid, 1905.
- MARION (Henri).—*Psychologie de la femme*, 3.<sup>a</sup> lec., pág. 54.—París, 1900.
- MARTIN (Alex.).—*L'Education du caractère*, pág. 115.—París, 1896.
- MAYANS (Gregorio).—*Institutionum Philosophiae Moralis, libri III*, lib. 1, c. VI, Madrid, 1777.
- MENENDEZ PELAYO (Marcelino). *La Historia como obra artistica* (Discurso de entrada en la R. A. de la H.).
- ID.—*Heterodoxos* (1.<sup>a</sup> edic.), t. II, pág. 684.
- ID.—*Heterodoxos* (2.<sup>a</sup> edic.), *Prolegómenos*, 280.
- MITRE (Bartolomé).—*Historia del general San Martín y de la emancipación Sudamericana* (3.<sup>a</sup> edi., t. I, cap. II, p. II, pág. 90.—Buenos Aires, 1903).
- MONGEOLLE.—*Estática de las Civilizaciones* (citado por Altamira en *La Enseñanza de la Historia*, pág. 172).
- MONOD (Gabriel).—*Histoire en la Méthode dans les Sciencies*, Paris Alcan, 1909.
- MONTESQUIEU.—*De l'esprit des lois*, lib. XIX, c. IV.
- NACIANCENO (San Gregorio).—*Oratio in Julianum*.
- OLORIZ (Federico).—*Distribución del índice cefálico en España* (Madrid, 1894).
- ID.—*La talla humana en España*, Disc. de entrada en la R. Acad. de Medicina.—1896.
- PASTOR (Luis).—*Historia de los Papas desde fines de la Edad Media*.—Barcelona, 1910-11.
- PEREZ DE GUZMAN.—*Generaciones y Semblanzas* (antes llamado *Mar de Historias*).
- PREVOST-PARADOL.—*La France Nouvelle*, lib. III, cap. II.
- RIBOT (Teodoro).—Citado por Max. Nordan en *Psycho-Physiologie du genit et du talent*, pág. 137, Paris, 1897.
- ID.—*Enfermedades de la voluntad*, cap. II, pág. 91. Madrid, 1899.
- ID.—*Les Maladies de la personnalité*, Paris, 1885, pág. 169.
- ID.—*La Psicología de los Sentimientos*, Madrid, 1900, cap. XII.
- ID.—*Ensayo acerca de la Imaginación creadora*, Madrid, 1901. passim).
- ID.—*Ensayo sobre las pasiones*, Madrid, 1907. passim.
- REICH (Émile).—En *Revue de Synthèse historique*, Dbre: 1904, artículo: *Historiens psychologues et historiens livresques*.
- SAAVEDRA FAJARDO.—*Empresas políticas*. Empresa 81.
- SALUSTIO CRISPO (Cayo). — *Bellum Catilinarium sive de Conjuracione Catilinae*.

- SERGI (G.).—*La Decadencia de las naciones latinas*, Barcelona, 1901, páginas 53 y 67.
- SPENCER (H.).—*Estudios de Sociología*.
- TARDE (G.).—*Les lois de la imitation*, París (3.<sup>a</sup> edic. 1900).
- TAINÉ (H.).—*Historia de la Literatura inglesa.—Introducción*.
- ID.—*Historia de la Literatura inglesa contemporánea*, cap. III, p. 1.<sup>o</sup>.—Madrid.
- TASSO.—*La Gerusalème liberata*, canto I, octava 62.
- VALLES (Francisco).—*De sacra Philophia*, cap. XXXII.
- VOLTAIRE.—*Lettr a Ducos*.
- VILLA (Guido).—*La Psicología contemporánea*, Madrid, 1902.
-

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL

**Sr. D. Teodoro Baró**

---

## Señores Académicos:

Pláceme que me hayáis honrado con la para mí, grata misión de dar la bienvenida en nombre de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, al que hemos elegido para que comparta nuestras tareas; sacerdote como lo fueron tantos meritisimos varones cuyos fulgores de gloria iluminan nuestra Historia patria. A otro ministro del Señor reemplaza, modesto y virtuoso; lo que evidencia que el sagrado depósito de la luz del saber, que se guardó en iglesias y conventos cuando el huracán de la invasión de los bárbaros la apagó en todas partes, irradiando desde las celdas hasta volver a iluminar al mundo y rasgar las tinieblas de la barbarie, aún lo conservan en nuestra católica España varones meritisimos, por su saber dignos de respeto, y por ser sacerdotes, de veneración.

Títulos tiene el Rvdo. D. Cayetano Soler para ser admitido a coadyuvar a nuestras tareas con su poderosa inteligencia; reconocidos por la Real Academia de la Historia al nombrarle académico correspondiente, distinción que le valió su primera obra publicada en 1890, al salir del Seminario, intitulada *Badalona, monografía históric-arqueológica*, recientemente citada con encomio por la *Revue de Synthèse Historique*, dirigida por Henri Berr. Gratas son, las alabanzas que en extraña fábula se tributan a la intelectualidad española, alabanzas que cuando quien las merece tiene su casa solariega en Montserrat, se convierten en deleitamiento, a pesar de que somos avaros de las propias, pues por defecto de educación y deficiencias del sentir, hay quienes se muestran más propensos al desdén que al enaltecimiento, a pesar de que a sí mismos se desdeñan y a la par se envilecen, porque, según Tucídides, la Patria es de toda cosa su misma naturaleza; a lo que añadido que su valor no es otro que el de los individuos que la componen; y los que no la enaltecen por lo que es,

enaltézcanla por respeto a los que la formaron, porque la Patria se ha creado con la ceniza de los pasados, y como de ellos recibimos nosotros la vida, su honra es nuestra honra.

Se vislumbra el espíritu investigador y depurador del nuevo académico para llegar por medio de la crítica a la realidad de las cosas, que es la verdad, en la monografía dedicada a Badalona, tributo que paga a la hermosa población levantina en que nació; pero donde adquiere intensidad es en su libro sobre el *Fallo de Caspe*, escrito después de meditado, y meditado tras pacientes investigaciones y comprobación minuciosa, cuyo objeto es desvanecer las sombras en que la pasión, servida por la ignorancia y por la ligereza en admitir juicios, sin aquilatar sus fundamentos, envolvió uno de los hechos de nuestra Historia regional más merecedor de loanza, que debería enorgullecernos, porque al bien público y a la paz se hicieron sacrificios, tanto más admirables cuanto más costosos; con los cuales se evitó que la guerra ensangrentara las tierras catalanas, aragonesas y castellanas. Pero ante la pequeñez del apasionamiento, nada es loable, ni siquiera el haber conservado tantas existencias y evitado destrozos y fieros males, porque envuelve en tan tupido y negro velo el entendimiento, que queda refractario a toda luz, aunque sea tan pura y brillante como la celestial que irradió la colosal figura de San Vicente Ferrer, el Ángel del Apocalipsis. A quienes tienen la desgracia de escribir obsesionados, no hay que hablarles de estudios psicológicos ni de lógica, porque no quieren descubrir la verdad, que les diría que no existía en Aragón ni en Cataluña ley constitucional que determinara y reglase la sucesión al Trono; que los compromisarios de Caspe debieron orientarse entre un verdadero laberinto de derechos alegados y contradictorios; y desprendiéndose de preocupaciones vulgares, faltas de fundamento en la Historia y en las Constituciones del país, buscar un criterio bastante elevado, que sin vulnerar ningún derecho creado dejase a salvo la justicia. Tampoco les dice nada a los obcecados que su predilecto obtuviese un solo voto, ni que el arzobispo de Tarragona expresara en el suyo que creía que el Duque de Gandía y el conde de Urgel eran mejores en derecho, si bien reconocía que Don Fernando era más útil para el regimiento del Reino que los otros competidores.

Leída la obra del Rvdo. D. Cayetano Soler, natural parece, dado su método de investigación, que haya elegido por tema de su discurso la "Investigación del dato psicológico en los estudios de Historia", sin el cual no hay manera de resolver los casos dudosos que tanto abundan en el relato de hechos que se aceptan como realizados, a pesar de que documentalmente no consta, por personajes que influyeron en la vida de una nación; duda que subsiste y seguirá obscureciendo la verdad, hasta que se averigüe por medio del estudio psicológico que

móvil les impulsó y qué fines se propusieron en sus empresas. En el estudio sobre el *Fallo de Caspe*, el dato psicológico no abunda tanto como en su obra titulada *¿Quién fué Don Francisco de Quevedo?*, que han de leer los que quieran conocer la compleja personalidad de quien tanto espacio ocupa en los tiempos de Felipe IV, de grandeza para las letras y las artes, pero de tristezas y amargas para la Patria.

El mismo año en que publicó su estudio sobre Quevedo, en el cual se propuso la reconstitución psicológica del personaje, tan citado por el vulgo ilustrado y analfabeto, sin que de él llegue a tener noticia; escribió e imprimió, sin ponerlo a la venta, el librito dirigido *Ad Políticos*, que impulsó al señor Moret a organizar en Madrid la serie de conferencias, en las que tomaron parte personas distinguidas, leyendo la suya el recipiendario sobre *El problema de la descentralización*, que mereció ser calificada por quien tiene mucho relieve en el regionalismo, de personificación o expresión auténtica del espíritu regional; lo que honra en sumo grado al señor Soler, porque aunque todos tenemos en los labios el nombre de Balmes, son muchos los que no han leído el *Criterio*, y si lo han leído, no lo recuerdan, y si lo recuerdan, no se atienen a sus enseñanzas para apreciar fenómenos políticos y sociales, de lo que resultan falsos conceptos perturbadores.

En 1900, con el fin de que en el homenaje universal a N. S. Jesucristo, iniciado por León XIII, figurase Cataluña, publicó en catalán la *Vida de N. S. Jesucrist*; obra la más sólida y la más bella que se haya escrito en España sobre tan divino tema. En 1902 la huelga de Barcelona le dió ocasión de revelarse como sociólogo con sus *Soluciones prácticas del problema social*, después de haber fundado la primera obra femenina de carácter social con que contamos en nuestra ciudad: el *Monte-Pío de Santa Madrona*. En 1904 dió a la estampa la *Imitació de Jesucrist*, con un estudio tan acabado sobre su autor, que afirmó el convencimiento de que quien escribió obra tan portentosa, en la que buscan consuelo, alientos y perseverancia los hombres de todas las lenguas que viven en la tierra abrazados a la Cruz de Cristo y conformados con su santa voluntad, no pudo ser otro que Tomás Kempis. Un año después publicó su *Tratado completo de Religión*, del cual la crítica francesa ha dicho que podía ponerse al nivel de los mejores extranjeros. De 1906 a 1911 se revela el Reverendo D. Cayetano Soler como periodista colaborando en el *Diario de Barcelona*, en el que publica substanciosos artículos dignos de su pluma, unas veces con firma y otras con el pseudónimo *Justi*. Al abandonar el periodismo le atraen otros trabajos completamente nuevos, y publica su *Método práctico para entender el latín*, con un *Diccionario Didáctico*, que es transcendental innovación en la enseñanza de la lengua del Lacio.

La labor intelectual del Rdo. Sr. Soler evidencia el acierto con

que le elegimos, y a ella hay que unir su presente discurso, augurio de trabajos de los que está muy necesitada la Historia, y de un modo especial la de Cataluña, para que ignorados hechos y personajes adquieran relieve, y lo pierdan aquellos que lo deben a falsas leyendas, agrandados unas veces por la pasión, otras por la ignorancia y muchas por la fantasía. Cuando se escriba la Historia apartándose de la crítica de cada del apasionamiento, prescindiendo de la fantasía y ateniéndose al dato psicológico, a la época y al momento, sabremos lo que fué nuestra amada tierra, de la que se sabe mucho que jamás tuvo realidad, pero se ignora más lo que la tuvo, a pesar de que en lo ignorado hay los deslumbradores chorros de luz que irradia la gloria.

Inoportuno fuera menguar la impresión producida por el trabajo que acabáis de oír, entrando a discurrir acerca de la evolución crítica histórica desde el Renacimiento hasta nuestros días, y sobre los métodos de investigación que convenga adoptar. De modo tan perfecto ha desarrollado su tesis el recipiendario, que sólo cabe felicitarle, admirando de paso la inmensa labor realizada.

Termino, pues, señores Académicos, dando la bienvenida y felicitando en vuestro nombre al Rdo. D. Cayetano Soler, que se honra y nos honrará sentándose entre nosotros para compartir nuestras tareas.

HE DICHO.

---

# APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

---

**Nihil obstat.**

EL CENSOR,

**Enrique Pla y Deniel, Pbro.**

Canónigo de esta Eza. Catedral

*Barcelona 26 de Junio de 1913.*

**Imprimase:**

EL VICARIO GENERAL,

**José Palmarola.**

POR MANDADO DE SU SEÑORÍA,

**Lic. Salvador Carreras, Pbro.**

Serie. cano.